

UAN

UTÓNOMA DE NUEV

CCIO ERAL DE BIBLIOTE

540

SAO PAULO

ERM

EL

HONOR

ERM

ERM

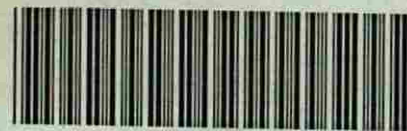
ERM

PT2640
268

34

2003

2003



1020028897



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 32. 912
Núm. Autor Nº 942 w
Núm. Adg. 29375
Procedencia — 8 —
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29
Catalogó _____



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

GALERIA DRAMÁTICA MODERNA.

EL HONOR

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

HERMANN SUDERMANN

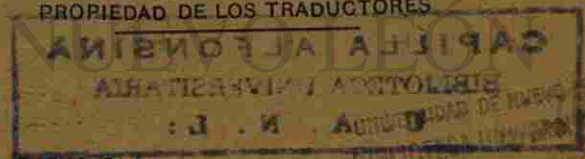
TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR

Antonio Becerra y Castro y Eusebio Sanchez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROPIEDAD DE LOS TRADUCTORES



100621

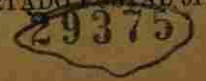
MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR

ÁGUILA NUMERO 12

1895

APARTADO POSTAL 511





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

El editor ha registrado la propiedad literaria de esta obra, conforme a la ley, reservándose todos los derechos de reproducción y representación que garantiza el código civil. Para los derechos de representación, dirigirse al Sr. Eusebio Sánchez, editor de la citada obra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO JARLES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CARACTERES DE LOS PERSONAJES

COMENDADOR MÜLING.—Hombre de negocios, frío, inflexible: ni franco ni hipócrita. Él mismo se cree generoso y benévolo y procura manifestar esa convicción en la entonación de sus palabras.

SEÑORA MÜLING.—Irritable, aristocráticamente nerviosa, dando á entender siempre, hasta cuando calla, que es ella quien ha aportado á casa la riqueza.

LEONOR MÜLING.—Seria, franca, sencilla, de corazón magnánimo. No obstante, en las escenas con los amigos de su padre y de su hermano, muéstrase un poco altiva. Muy elegante.

CARLOS MÜLING.—Representante de la moderna juventud *dorée*, ligera, *blasé*, hastiada. Sinmaldad. Hasta cuando trata de ladrón á Roberto en el último acto, lo hace más por movimiento de cólera, que por malevolencia innata.

LOTARIO BRAND.—Debe presentarse sin exageración, pero con cierta importancia militar, dominando en todo él la formalidad.

HUGO STENGEL.—Un joven á la moda.

CONDE TRAST.—Debe revelar en todo la amabilidad superior de su carácter franco y distinguido.

ROBERTO HEINEKE.—En el primer acto debe expresar con cuidado el tránsito paulatino de la cordialidad ingenua, casi infantil, á través de los va-

rios grados de la sorpresa, hasta venir á para.^r en la sospecha. La frase de su escena con el Conde: "¡Oh, mejor fuera no haber vuelto á ver mi patria!" sólo puede justificarse por la cuidadosa graduación del precedente cambio de su ánimo. En el parlamento del acto tercero debe evitar lo patético, pero con la mayor sencillez posible, para que la gran escena de la explicación con la familia obtenga su pleno efecto. En el acto cuarto, taciturno, decidido hasta al asesinato.

HEINKE, PADRE.—Tonto. Su risa continua debe ser de entonación estúpida. Hay que evitar en el tercer acto caer en la farsa ó en la exageración.

SEÑORA HEINEKE.—Afable, de buen corazón, sencillota. La bajeza de los dos padres no procede de sus naturalezas, sino más bien de la vida miserable mezquina que siempre han llevado.

ALMA HEINEKE.—Ingenua en su corrupción. Vacía de corazón y de cerebro. En la escena con Roberto, acto tercero, ella misma cree al principio ser una Magdalena. La negativa á la súplica que hace inocentemente queriendo ir al baile de disfraces, despierta su obstinación y descubre toda su bajeza. Cuando ha vuelto, vestida á la indiana, se sienta risueña sin ocuparse de nada de lo que pasa en torno suyo, sino sólo de su traje.

GIGIA.—Ambiciosa, mordaz, inteligente y mala.

MICALSKI.—Hombre brutal, indolente; debe producir un efecto cómico sin exageración.

N. B.—La dirección debe cuidar especialmente la ejecución del primero y del tercer acto. Las cuatro paredes de habitación pobre que suelen ponerse, no bastan. La estancia, á pesar de toda su miseria, debe aparecer llena de viejas chucherías ordinarias: litografías en sus marcos, objetos de cartón sobre el aparador, antiguas tazas de porcelana, vasos de poco precio, etc., etc.

PERSONAJES

Comendador Müling, rico industrial.

Amalis, su esposa.

Carlos, } hijos de los anteriores

Leonor, }

Lotario Brand

Hugo Stengel

Conde Trast-Sarberg

Roberto Heineke, hijo del

Viejo Heineke

Señora Heineke

Gigia, }

Alma, } hijos de los anteriores

Micalski esposo de Gigia

Señora Hebenstreit, esposa del jardinero

Guillermo, criado

Juan, cochero

Un criado del Conde Trast

La acción en las afueras de Berlín.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Habitación del Sr. Heineke. Muebles humildes muy viejos que contrastan con algunos muy ricos, entre éstos dos sillones forrados de seda, que estarán cubiertos con fundas de tela. Gran espejo con marco dorado, colocado en una pared. Dos consolas. Algunos objetos de uso doméstico; una taza, botella, etc. A la derecha del actor una mesa preparada para tomar café. A la izquierda, al fondo, una mesa larga para trabajos de cartonería, con vaso, brocha y cola. Diversos cartones acabados y uno para colgarlo en la pared. Puertas laterales y grande ventana al fondo, casi en medio, cerrada con vidrios transparentes, á través de los cuales, corriendo la cortina, se ve la casa de los patronos.

ESCENA PRIMERA.

La señora HEINEKE y la señora HEBENSTREIT. La primera ocupada en dar órdenes á la criada.—La segunda entra por la izquierda.

- Heb. ¿Conque es cierto? Ha llegado el hijo de usted.....
- Hein. ¡Chist ... por favor! Está durmiendo.
- Heb. ¿Ahí...? (señalando la primera puerta derecha) ¿En el cuarto de Alma?
- Hein. Es claro. ¡Ay, yo no sé de veras lo que me pasa con tanta alegría. La cabeza me da vueltas. (Se deja caer sobre un banquillo).
- Heb. ¿Y lo saben ya en casa de los señores?

- Hein. Naturalmente: Era de mi deber avisárselos. Son los patronos, y hoy irá á hacerles su primera visita, como dicen ellos.
- Heb. ¿Y cuánto tiempo ha estado lejos de aquí?
- Hein. (Contando para acordarse) Siete..... ocho..... nueve años y medio..... ¡Cuánto tiempo de no ver á mi hijito querido! (Llora.)
- Heb. ¿Y lo reconoció usted desde luego?
- Hein. ¡Quiál! Ni por pienso. Ayer noche, como á las ocho, Heinke, mi marido, cabeceaba leyendo el periódico y yo estaba aquí sentada recosiendo los encajes á la basquiña de Alma—porque no puede usted imaginarse cuánta ropa blanca usa esa chiquilla. (marcado) En aquel momento llaman á la puerta y entra un hombre..... pero ¿qué digo un hombre?..... Un señor! Un señorón! Con una pelliza rica..... rica..... de castor..... de cason..... de castor..... ¡Oh! mírela usted, aquí está, venga, toque este pelo .. ¡qué cosa tan suave! Yo creía más bien que aquel señor era alguna de las relaciones elegantes de Alma.... uno de los señores amigos de nuestro patroncito Carlos.
- Heb. (Con malicia) Ah!
- Hein. Porque esos señoritos no son nada soberbios y no se avergüenzan de venir alguna vez á casa de estas pobres gentes.—Mientras yo me figuraba estas cosas, ya él había tirado al suelo la pelliza y el sombrero....—un sombrero elegantísimo....—al suelo, como se lo estoy contando á usted; y se había hincado luego delante de mí.... Creí que iba á sucederme algo, pero cuando empezó á gritar: “¡madre, padre! ¿no me reconocen ustedes? Soy yo, Roberto, su hijo Roberto!” Oh! señora Hebenstreit! ¡qué

dichoso momento! ¿Cómo pude resistir esa emoción! (Llora)

Heb. Vamos, vecina, cálmese. Esa alegría pasará pronto. Ya sabe usted que todo ratón tiene una cabeza y una cola... y la cola está las más veces llena de veneno.

Hein. ¿Qué está usted diciendo? Mi hijo es un joven muy bueno; un caballero completo.

Heb. Demasiado caballero, señora Heineke. Cuando se ha estado en tantos países y se ha descansado sobre raso y terciopelo.

Hein. (Indicando los sillones) ¡También puede hacerlo aquí, señora mía!

Heb. (Con un guiño) Eh..... eh..... Veremos si querrá hacerlo.

Hein. Querrá, señora, querrá! Una madre no conoce aristocracias ni rangos..... Pero ¡Jesús mío! Me estoy aquí charlando y no sé donde diantre estará mi viejo Heineke..... ¿Usted no ha visto á mi marido? Cuando se sale á vagabundear con aquella pierna mala.

Heb. Hace un rato estaba en el patio, con un cartón en la mano, puesto al sol, según decía, para secarlo.

Hein. Dejémosle hacer su gusto; ¡pobre viejo! Toda la noche ha estado trabajando en esa tontería. Ya no nos cabía el gusto en el cuerpo.

ESCENA II.

Dichas y el VIEJO HEINEKE.

Viej. (Cojea, llevando en la mano una muestra de cartón con letras hechas á mano). ¡Viva, viva, ya está aquí hecho!

Hein. Sí, ya está hecho!..... pero no grites.

Viej. (En voz baja, dándose importancia al leer el cartelón), "Bien venido, hijo querido, á la casa de tu padre." Magnífico, eh?

Heb. ¡Parece un blanco para el tiro!

Viej. ¡Sí, y el centro del blanco el corazón paternal! ¡Maligna!

Hein. (Interrumpiéndolo). Deja... y arréglate la corbata. (A Hebers.) Ya sabe usted cómo es, vecina. (El viejo sube sobre una silla, con un martillo y un clavo para fijar el cartel en la pared.)

Heb. El señor hijo no habrá aprendido por cierto la educación y la aristocracia en sus maneras. (Señalando al viejo).

Hein. Ni en las mías tampoco. Pero hace como diez y siete años que *el* del palacio, que era ya nuestro patrono, había ganado su pleito, y con ese motivo hubo gran fiesta en la fábrica. Carruajes, fuegos de artificio, músicas y demás; cerveza á todo pasto para el personal de la fábrica. Entonces mi marido, que había bebido mucho... (A su marido) Oye, no claves tanto... (Continuando) como que no costaba nada... Pues bien, cuando los coches iban á partir... ¡patatracl!... se cayó junto á las ruedas y se rompió un brazo y una pierna.

Viej. [Que sigue clavando] ¿Hablas de mí? Ah, sí, no fué poca cosa aquello. [Silba].

Hein. ¡No silbes!... Los amos lo vieron... se informaron del caído... preguntaron la condición de nuestra familia, y como en aquellos momentos de alegría por la propiedad ganada, tenían la mano abierta, prometieron desde luego atender á nuestras necesidades y hacer educar á nuestro Roberto á expensas de ellos mismos.

Heb. ¿Y han cumplido?

Viej. ¡Oh! Canallas... [*Hacia la ventana. Después sigue trabajando.*]

Hein. Sí. En cuanto á nosotros, nos han puesto en esta casita del solar, donde, gracias á Dios, estamos todavía... y mi Roberto fué enviado á un colegio donde le han enseñado los buenos modos y como quien dice, la educación; y cuando venía á casa, en vacaciones, lo invitaban de allá, tratándolo como compañero de juegos de la patroncita; porque el señorito Carlos todavía estaba mandando.

Heb. Ya; si hubiera estado más grande, habría preferido á Alma!

Hein. [*En voz baja.*] ¿Qué dice?...

Heb. Nada...

Hein. Más tarde lo mandaron á Hamburgo para que aprendiera el comercio del extranjero, ¿entiende usted? y cuando llegó á los diez y nueve años, ¡en marcha! un viaje de un tirón hasta el fondo de las Indias, donde me dicen que hace un calor infernal. Allá tiene el Comendador un sobrino, hijo de su hermano, que cuida las cosechas del café y del té.

Viej. Que allá crecen como las patatas en nuestra tierra... [*Baja de la silla viendo el cuadro.*] Magnífico, ¿eh?

Hein. Y mi hijo fué á ayudarle. Pero gracias á Dios, ahora ya ha vuelto... Pero yo estoy aquí todavía...

Heb. Yo me voy... Adiós, y no olvidar que el veneno está en la cola del ratón. [*Aparte al irse.*] ¡Qué familiucha! [*Se va.*]

Viej. Y ella viene á ser un hongo venenoso. [*Por la Hebens.*]

Hein. Envidia, mi querido viejo ... envidia!

Viej. [*Viendo sobre la mesa una torta.*] ¡Diablo! ¿Dónde has hallado esta torta?

Hein. Me la trajo la cocinera con un recado de la señorita.

Viej. [*Volviéndose.*] Todo lo que viene del palacio no me gusta nada. [*Comiéndose un pedazo de la torta.*] Pero creo que nuestro señor hijo ya podía despertarse. En la fábrica no tardan en llamar para el almuerzo. [*Viendo complacido el cartelón.*] Bien venido, querido...

Hein. (*Arranque de alegría.*) ¡El está aquí, con nosotros!

Viej. ¿Quién?

Hein. Toma..... nuestro hijo.

Viej. (*Indicando el cartelón.*) Eso ya lo sabíamos.

Hein. ¡Chissst! Siento ruido allí dentro. (*Escuchando.*) Sí, es él, que se pone las botas... y que entrará pronto por esa puerta...

Viej. Entonces ya no diré más que: "Bien venido, querido..." Creo que le habrás puesto junto al lavamanos un trozo de jabón fino francés, del de nuestra hija Alma.

Hein. Cuántas veces he dicho para mí: quién sabe si también en la India tendrá una buena cama y si todavía no se lo habrán comido vivo los salvajes. Y ahora, así, de repente, lo tenemos aquí..... ¡Querido mío!..... Pero oye, no sigas comiéndote el acitrón de la torta. (*La retira.*)

Viej. ¡Eh! ¡Eh! ¿Y si me gusta?

Hein. Chist. El viene..... La cinta del cuello se te sale otra vez; acomódatela; es cosa de dar vergüenza contigo. (*Levanta la cubierta de los sillones.*) ¡Dios mío, qué trabajo!

ESCENA III

DICHOS, ROBERTO.

Rob. (Yendo rápido hacia sus padres que están cohibidos.) Buenos días, padre; buenos días, madre. (Abraza á su madre y le besa respetuosamente la mano.) Siento una dicha verdaderamente sobrehumana.

Viej. Bien venido, querido..... [Al acercarse Roberto á besarle la mano, se la limpia rápidamente en el pantalón.] ¿Quieres besarme la mano?

Rob. Ciertamente, si usted quiere dárme la. (El viejo le da la mano.)

Viej. Se ve desde luego lo que es un buen hijo.

Rob. (Viendo en derredor.) Conque estoy aquí... ¿Pero es verdad? No puedo aún convencerme. ¿Será posible que no esté soñando, como otras veces? Cuán doloroso sería eso... ¡Ah! la nostalgia... la nostalgia... Figúrense ustedes; de noche, solo en un rincón obscuro... Se piensa... se piensa... y todo aquello que se ha dejado viene á rodearnos: la madre, el padre... el solar, el jardín, la fábrica... Después, repentinamente se apercibe uno de que sobre su cabeza se extiende un ramo de palmera largo, largo; y á lo lejos se oye gritar un papagayo que nos vuelve á la realidad diciéndonos que estamos allá, solitarios, en el otro extremo del mundo... Brrr

Viej. ¿Un papagayo? Pero todo eso debe ser muy agradable. Esa es una diversión que aquí sólo los ricos pueden tener.

Rob. ¡Oh! Si supieran ustedes cómo he sufrido durante los últimos años, y hasta en mi viaje de regreso, por no estar seguro de ha-

llarlo aquí todo como me lo había figurado en mis deseos...

Viej. ¿Y por qué no?

Rob. Había allá uno....—un verdadero amigo, eso sí, el más bueno de mis amigos,—que intentaba debilitar mi esperanza. “Tú has venido á ser extranjero para ellos, me decía, y no conviene querer pegar con goma lo que las circunstancias, la suerte ó que sé yo, ha dividido hace tiempo...” Entonces, verdaderamente, casi he sentido miedo de él, de ustedes, de mí... Y bien; loado sea Dios, era un miedo que hoy no existe ya; todo se ha realizado. Hé aquí lo que durante diez años había visto en sueños. Hé aquí á mi padre, á mi madre, buenos y sencillos; [Tiernamente] un poco envejecidos, es verdad, pero... [Alzando los brazos] ¿de qué servirán entonces estos dos brazos jóvenes y robustos?... Ya verán ustedes cómo han aprendido á trabajar y á hacer oro!....—Y mis hermanas estarán también aquí dentro de poco...—¡Oh! aquí está también el vaso de pegamento del papá [Conmovido ve un cuadrado en una pared]. Aquí está mi fé de bautismo puesta en marco... [Oyendo.] y la máquina de vapor de la fábrica, que me repite aún su grato rumor.

Hein. No habrás cerrado los ojos á causa de esa bendita máquina que hace la charlatana hasta de noche.

Rob. Más dulce canto para arrullarme, nadie me ha entonado; estaba ya medio dormido y repetía para mí: sopla, machaca, vieja bestia, siempre lista para la tarea; al cabo, por más que te esfuerces no podrás hacer por los intereses de la casa Mülling más que yo

que estoy aquí tendido en mi cama, oyéndote. Porque en mí tienes una palanca con la que se debe contar! ¿No es éste un soberbio pensamiento? Entonces mi corazón se ha ensanchado hacia mis bienhechores.

Viej. ¡Hum!... (*Rascándose la cabeza.*)

Rob. ¿Decía ud?

Viej. ¿Yo?... No... nada.

Rob. Y me he jurado á mí mismo venir á servirles hasta el último aliento.

Viej. Pues me parece que tú ¡uerpo del diablo!... has hecho bastante por ellos.

Hein. Te has matado, desollado por ellos durante diez años.

Rob. Oh! no tanto, al fin, madre mía! Pero no hablemos más de esto; se los ruego. La casa Mülling me ha proporcionado cada día nuevos motivos de gratitud: las cartas que el Comendador, y sobre todo su hijo Carlos que hoy es ya socio, me han escrito, bien pueden llamarse cartas de amigos.

Viej. Carlos... á la bonne heure, es un joven generoso, pero por lo demás, ya veremos. Cada cual obra como quien es, como dicen por ahí. ¡Si querrás enseñarme á conocer esta canalla! (*Roberto contiene una réplica y se vuelve con extrañeza.*) Pero, oye, Robertino mío, mira en derredor, no ves nada? (*A su esposa.*) No ha visto nada, ¿eh? nada... (*Indicando el cartelón.*)

Hein. Deja un poco tus necesidades!

Viej. Necesidades, ¿eh? Le doy la bienvenida á mi hijo querido, á la casa paterna, y tú llamas á esto necesidades! (*Llevando á Roberto hacia el cartelón.*) ¿Eh? te quedas asombrado ¿verdad?

Rob. ¿Y lo has hecho tú, con tu brazo malo?

Viej. ¡Bah! y hago otras muchas cosas. Si algunas veces, aunque pobre estropeado, no me moviera yo, quién sabe desde cuando estaría muerta de hambre nuestra bendita familia. ... Pero ¿qué haces tú ahí mano sobre mano, vieja?... ¿y el café?

Hein. ¡Eh... eh!...

Rob. (*Corriendo hacia ella*) ¡Madre mía! De seguro él no ha creído ofenderte.

Hein. ¡Ofenderme! Si es que habla así sólo por darte á entender que sabe mandar. [*Vase puerta derecha. Pausa general.*]

Rob. (*Después de un momento de silencio, tratando de vencer su penosa impresión.*) Y tú, padre, ¿sigues pegando siempre estos cartoneros?

Viej. Sin un momento de descanso.

Rob. ¿Y el brazo te lo permite?

Viej. ¿El brazo, eh? ¡El brazo! ¿Quieres ver cómo me las compongo? Primero el cartón, así. Luego el palillo, así. [*Con gran destreza encola el cartón, asegurándolo con el codo del brazo izquierdo.*] ¿Eh? ¿Quién lo hace mejor que este pobre estropeado?

Rob. Eres un mago. (*Acariciándolo.*)

Viej. ¡Algo más que mago! Bien lo sé. Pero ¿quién lo reconoce? ¿quién me aprecia? Ninguno. ¿De dónde ha de venir el respeto por parte de mi señora familia, si la madre da tan mal ejemplo?

Rob. [*Disgustado.*] ¡Padre!

Viej. ¡Ah, sí; tú estás lejos del fuego! Desde lejos todo cambia de aspecto. Allá se dice; cara mamaita; hermanita adorada! Pero si vieras todo lo que yo tengo que aguantar... No me dan ni siquiera diez fenics para el tranvía cuando quiero ir á tomar un vaso de cerveza á la ciudad.

Rob. Padre, ¿estás seguro de no tratarla con injusticia? Qué, ¿no te ha cuidado siempre como á las niñas de sus ojos?

Viej. ¡Oh, Dios mío! No creo haber dicho nada contra ella... Pero silencio... aquí viene...

ESCENA IV.

DICHOS y la SEÑORA HEINEKE.

Hein. [Con la cafetera.] Siéntate, Robertino mío. [Al ver que va á sentarse en una silla.] No. [Sacude con la funda el sillón.] En el sillón. Un gran señor como tú no debe sentarse sino sobre seda.

Rob. ¡Oh, qué lujo!

Hein. Sí... y esta otra es igual... mira, tenemos dos. (Le enseña el espejo.) Y éste ¿ya lo viste? El marco está dorado á fuego y el cristal es de una pieza. El marido de Gigia dice que vale, cuando menos, doscientos marcos.

Rob. ¿Y de dónde viene todo esto?

Viej. Del hijo del Comendador.

Rob. Él hace á ustedes semejantes regalos?

Viej. Eso es.

Hein. (Bejo.) Chist. ¿No sabes que el señor Carlos no quiere que se le nombre? (Alto.) Sí, por Navidad nos mandó el espejo, y por Pascua los sillones. [El viejo sigue pellizcando la torta.] Pero, oye, no la pellizques toda...

Rob. ¡Francamente, esa especie de generosidad no me agrada!

Hein. (Sirviendo el café.) Sí, es verdad que para muchos de nuestra clase estas cosas tan fi-

nas no convienen, pero cuando se reciben visitas elegantes y se tiene un hijo señor como tú, y una hija tan llena de talento.....

Rob. ¿Alma?

Viej. Seguramente. Hemos hecho por nuestra hija menor cuanto estaba de nuestra parte.

Hein. Y luego, tú siempre has mandado bastante.

Rob. Para que pudiera frecuentar un buen colegio, aprender á llevar los registros de un negocio y hacerse modista. En eso habíamos quedado.

Hein. ¡Ah! sí, primero.

Rob. Y ahora ¿no se ocupa de ello?

Hein. No: hace seis meses.

Rob. ¿Y qué hace ahora?

Hein. [Con énfasis.] ¡Estudia el canto!

Rob. Ignoraba que Alma tuviese disposiciones, talento para la música.

Viej. ¡Talentazo! (Beben todos café.)

Hein. Ha ido á que la examinara una cantante española que se llama... Señorita... ó una cosa así; y ésta le dijo que tiene una voz como no se ha oído, y que ella se empeñaba en darle lecciones gratis.

Rob. Pero ¿por qué no me habían noticiado nada de esto?

Hein. ¡Jesús mío! La ardiente India está tan lejos, y se olvidan tantas cosas... Además, queríamos darte una sorpresa.

Rob. (Se levanta y pasea agitado.) Supongo que Gigia la vigilará.

Hein. ¡Naturalmente! No le quita ojo de encima. Alma come con ella, estudia con ella, y si en la noche se le pasa la hora y pierde el tranvía, duerme también en casa de Gigia, como sucedió precisamente anoche.

Rob. Y cuando pasa fuera la noche, ¿no están ustedes con cuidado?

Viej. (*Marcado.*) ¿Por qué? Es ya bastante grande...

Hein. Desde el momento en que sabemos que está con su hermana... —Por lo demás ya podría estar aquí, porque con el carrito de la leche le mandamos esta mañana una carta..... ¡qué gusto va á tener!

Rob. ¿Y Gigia es feliz con su esposo?

Hein. Según se considere. El bebe un poco y creo que de buenagana trabajaría menos; pero....

Viej. Pero sabe meter bulla y armar gresca con todos.....eso es lo que sabe hacer.

Hein. (*Mirando por la ventana, tras la cual se ven pasar.*) ¡Ah! Aquí está Gigia.....y trajo también á su marido.

Rob. ¡Cómo! ¿Alma no viene con ellos?

ESCENA V.

DICHOS, GIGIA Y MICALSKI.

Gigia (*Entrando y más bien con frialdad, como si ya lo hubiese visto.*) ¡Ah, deveras estás ya aquí! (*Se besan*) ¡Conque te han soplado siempre buenos vientos, ¿eh? .. No, y eso no hay que preguntarlo cuando te ve uno con vestidos tan aristocráticos. Aunque también es cierto que no es oro todo lo que reluce.— Aquí tienes á mi marido.

Rob. Caro cuñado. (*Le tiende la mano.*) deme usted su mano.

Mic. (*Rudamente.*) Grande honra para mí; no siempre puede jactarse de ella una mano encallecida.

Rob. Querido cuñado; esas no son palabras fraternales. (*A Gigia.*) ¿Y Alma, dónde está?

Gigia Nuestra princesa no creyó estar bastante hermosa para presentarse al hermano extranjero. Su alteza ha querido antes ir á que le rizaran el pelo de la frente. (*Roberto queda sorprendido.*) Creo que llegará en el próximo tren. ¿Pero de dónde viene esta torta? (*Heineke ofrece. Los esposos comen.*)

Hein. Come también un poquito, Roberto. (*Roberto rehusa; todos los demás comen. Pausa.*)

Viej. Bueno, Micalski, ¿qué dices de eso? (*Señalando el cartelón.*) Bien venido, querido hijo...

Mic. Bufonadas.

Rob. (*Sorprendido.*) ¡Cuñado!

Viej. ¡Cómo! Lo que yo he hecho con este corazón paternal y con este brazo inválido!... (*Roberto trata de consolarlo*)

Mic. Yo soy un hombre sencillo y llamo al pan pan. No gusto de esas estúpidas comedias. El que tiene que trabajar por maldición como nosotros, porque el hambre ó la vara nos persiguen siempre.....

Viej. Sobre todo, cuando va uno á vagabundear á las once del día ó á comerse las tortas. (*Van á armar pendencia.*)

Gigia Ya están riñendo los dos otra vez. (*A su esposo.*) No puedes dejarlo en paz; parece que noves que está volviendo á la primera edad.

Viej. ¡Yo á la primera edad! (*A Roberto.*) ¿Lo ves? Así me tratan siempre mis queridas hijas.

Rob. (*Bajo á Gigia.*) Perdóname, hermana, pero no creí que pudieran decirse tales cosas á nuestro propio padre.

Gigia ¿Qué cosas? (*Llaman á la puerta y entra Guillermo, de librea, con un ramillete de flores y con aire amistoso, pero como de protección.*)

ESCENA VI.

DICHOS, GUILLERMO.

Todos [Menos Roberto.] ¡Guillermo! Buenos días Guillermo! [El viejo y Micalski le estrechan la mano.]

Hein. ¿Para quién es ese magnífico ramo? Lo llevará usted á la ciudad...

Guill. No tal; lo traigo aquí. (A Roberto.) ¿Es usted el señor Roberto? (Roberto hace señal afirmativa. El criado familiarmente.) Tengo un verdadero placer en conocerlo personalmente. [Le alargó la mano.]

Rob. (Sonriendo, sin darle la suya.) Es usted muy amable.

Guill. Los señores mandan á usted la bien venida y estas flores, escogidas entre las más lindas del invernadero. Pero en confianza, la ha tomado más grande interés...

Rob. (Ocultando la emoción) ¿Trae usted encargo de comunicarme esas cosas?

Guill. ¡Oh! eso... no, por cierto.

Rob. Entonces no siga usted. (El criado va á salir.)

Hein. ¿No quiere probar con nosotros un poco de la torta, Guillermo? Todavía hay aquí algo.

Rob. Perdona, mamá. (Dando dinero al criado.) Este hombre tiene ya su paga. (Al criado.) Diga vd. al Sr. Comendador que le ruego me dispense la honra de recibirme á las dos, en compañía del conde Trast Sarberg. Puede vd. retirarse. (Vase Guillermo un poco mortificado.)

Hein. ¿Un conde? y ¿qué conde?

Rob. Un amigo mío, madre, á quien debo mucha gratitud.

Gigia (Bajo á su esposo.) ¿Oyes? Pretende tener un amigo conde.

Mic. (Bajo á su esposa) ¡Y con eso se figura darse importancia!

Hein. Déjame poner el ramo en agua. (Lo pone en una especie de bote de barro que está sobre la mesa de trabajo.) Pero oye, Roberto mío, no debiste tratar tan mal á Guillermo..... es un amigo para nosotros

Gigia Nosotros, gente del pueblo, no podemos tener condes por amigos.

Mic. Tenemos que contentarnos con la servidumbre.

Hein. Sí, porque, mira: con Guillermo es conveniente que también tú te pongas en buena armonía. ¡Hazlo por nosotros! Porque nosotros sacamos de él varias ventajas. ¡Cuántos buenos trozos de asado se ha traído por acá de tapadillo!...

Rob. ¡Y tú has aceptado, madre!

Hein. ¿Por qué no? Somos gentes pobres, hijo mío y debemos siempre estar contentos cuando nos dan algo, sea lo que fuere.

Rob. ¡Madre! Redoblaré mis fuerzas; daré á ustedes cuanto pueda, hasta quitándomelo de la boca; pero has de prometerme no volver á aceptar nada de ese criado.

Hein. Eso sería soberbia y despilfarro! Un buen regalo nadie debe rehusarlo.—No, y para tí también era buena su intención, al contarte la historia de la patroncita... Con ella, ¿sabes? tenía yo también que hacer. Siempre que me veía fuera me preguntaba por tí: que cómo podías soportar el calor de aquellas tierras... y cosas por ese estilo... y se me quedaba viendo con aquellos ojos tan dulces!—Hijo mío, si tú fueras prudente ..

- Rob. Por favor, madre, dejemos eso!
Viej. ¡Qué bien te caerían dos millonajos!
Mic. Oh! cuñado, ya me prestaría usted entonces cualquier piquillo!
Rob. [*Para sí*] ¡Pero esto es un tormento!

ESCENA VII

DICHOS, ALMA.

- Alma. [*Trajecillo moderno un poco voyant; sombrero de moda, guantes, mucho metal, aunque falso; sombrilla original. En la puerta entreabierta.*] Buenos días á toda la reunión.
Rob. (*Corriendo á ella y abrazándola.*) Alma!... Gracias á Dios!
Mic. [*A Gigia*] Los dos aristócratas de la familia.
Rob. [*Acariciando á su hermana.*] Oye, querida hermana. Tú eres bonita; pero aunque fueras fea, no se debe nunca tener miedo de desagradar á un hermano.
Alma. ¡La mala de Gigia te contó...
Rob. Vaya, vaya, no se lo tengas á mal y sé buena.
Alma. (*Con afectación.*) ¡Hermanito queridísimo!
Gigia. (*Bajo.*) ¡Cuanta dulzonería!—(*La madre ayuda á Alma á quitarse el sombrero y la manteleta.*)
Viej. ¿Que dices de esto, eh? (*Acariciando en la mejilla á Alma y mostrándosela á Roberto.*)
Alma. (*Canturreando.*) *Oui cher papá, c'est Giroflá...*
Viej. ¿La oyes como canta? ¡Puro español!
Rob. Y dime, ¿es cierto lo que acaban de contarme? ¿que se te ha metido en la cabeza convertirte en una gran cantante?
Alma. Si sucediera eso, no me pesaría.

- Hein. ¿No quieres probar la torta, Almita?
Alma. *Merci beaucoup!* [*Pasea, comiendo, delante del espejo.*]
Rob. ¿Y estudias mucho?
Alma. (*Afirmando con la acción, mientras come*) Todo el día estoy con la lección: dó, ré, mí, fá, sol, lá, sí, lá, sol, fá... Oh! Dios mío! esta escala es horriblemente fastidiosa; y luego, tanto repetir y repetir...ya me ha puesto nerviosa.
Hein. ¡Pobre chiquilla!
Alma. Oh yes. ¡Ah! Has de saber que también he aprendido el inglés...sabes? Estoy muy instruida. Si vieras todo lo que yo sé...Oh, Dios mío!
Viej. (*A Roberto.*) ¡Ya lo ves...ya lo ves!...
Alma. Por lo demás, no se vive sino una vez; la alegría es lo principal. ¿Eres tú alegre, hermanito mío?
Rob. Sí, cuando tengo motivo.
Alma. Buen mérito! Hay que estar alegre sin motivo; ¿para qué somos jóvenes? ¡Oh, la vida es tan bella! Todos los días algo de nuevo! Y Berlín es tan grande...¿sabes?...Allá bajo los tilos...con la luz eléctrica...¿no has estado allí? ¡Oh, la luz eléctrica me gusta tanto...la hace á uno parecer tan pálida, tan interesante...Ahora todos los hoteles y cafés tienen luz eléctrica...es sorprendente; el otro día vi una gran lámpara, sabes? en el café nuevo, junto á la cámara de los diputados, que figuraba un grande ramo de flores, y dentro de cada flor tenía una lucecita.
Rob. ¿Pero tú has ido á ese café?
Alma. ¿Yo?...¡No, qué! Vi por los cristales. Esas cosas no las hay *la bas*, en la India, ¿verdad?

- Rob.* No, esas, precisamente, no.
Alma Nosotros estamos de todo muy avanzados en civilización. Alguno me ha contado que Berlín es casi tan hermoso como París, ¿es cierto?
Rob. No conozco París.
Alma ¡Qué vergüenza! Un joven como tú no conocer París!
Rob. [Debatándose entre el estupor y el encanto que Alma produce en él.] ¡Parlanchina!
Alma (Riendo forzosamente.) ¡Ja, ja! Soy una aturdida, ¿verdad, hermano? ¡Ja, ja! Así somos nosotras! ¡Ja, ja! (Va riendo y contoneándose hasta junto á Gigia, y la acerca á la nariz un pañuelo que lleva doblado coquetamente en la cintura.) ¡Huele!
Gigia (Bajo.) ¡Oh!... ¡Aristocrático!... ¡Qué cosa es?
Alma [Id.] ¡Ixora. La gran novedad parisiense. Lo recibió está mañana.
Gigia (Id.) ¿Viene hoy á casa?
Alma (Id.) No sé. Me lo avisará más tarde. Mañana en la noche iremos al baile de máscaras. ¡Ja, ja, ja!
Rob. Seamos un poco razonables, chiquilla mía: ven acá; siéntate enfrente de mí: aquí, aquí. (Coloca una silla en la posición indicada.)
Alma Ay, Jesús, cómo eres!... Pero esto es un verdadero tribunal.
Rob. Por lo menos no te ahorraré las preguntas.
Alma Bueno, adelante, pues.
Rob. Ante todo, ¿cómo has descubierto tu talento?
Mic. [A Gigia.] La historia va estando bonita.
Alma Eso es lo mismo que el amor: no se sabe cómo.
Rob. (Impresionado.) Hum! pero alguien te lo ha de haber dicho primero. (Alma se encoge de hombros.)

- Hein.* Acuérdate, hijita mía: fué el señorito Carlos quien...
Rob. ¿El joven amo?
Viej. Ese mismo
Rob. ¿Y cómo sabía?
Hein. La oía cantar desde la ventana y dijo que sería una vergüenza, un escándalo que semejante voz...
Rob. Alma, ¿por qué dejas á nuestra madre contestar por tí?
Gigia (A su esposo irónicamente.) ¡Es tan tímida la pobrecita!
Alma Que semejante voz se perdiera en este desierto, y que también yo me consumiera aquí dentro. "Es un verdadero pecado de usted, señorita..." me dijo.
Hein. Yo lo oí precisamente cuando dijo "señorita..."
Viej. Ya lo creo, hijo. ¡Jé, jé!
Rob. [A Alma.] Sigue, sigue.
Alma "Mis padres han querido favorecer á su hermano de usted, dice, y yo quiero favorecerla á usted." Y me buscó una maestra que tiene un *cercle musicale*, lo que entre nosotros se traduciría: un círculo musical, á donde van señoritas de las mejores familias; por cierto que una es la prometida de un teniente de húsares.
Rob. ¿Cómo se llama la maestra?
Alma [Con desconfianza.] ¿Por qué quieres saberlo?
Rob. Porque no creo que sea un secreto.
Alma Se llama la señorita Pucci.
Viej. [Entusiasmado.] ¡Puro español!
Rob. [Escribiendo en su cartera.] ¿Y dónde vive?
Alma (Rápidamente.) No es fuerza que tú vayas; es como te digo.
Rob. Naturalmente debe ser así; pero yo quisie-

ra oír de boca de tu maestra cómo has adelantado (*Alma confusa ve á Gigia.*)

Gigia. Puedes acompañarla mañana á la cátedra.

Alma. (*Rápida.*) Sí, sí, mañana.

Rob. Está bien. (*Se levanta y pasea preocupado.*) No quisiera causarte un disgusto, hermanita, pero debo confesarte que estoy muy lejos de participar de las grandes esperanzas de ustedes.

Viej. ¡Canario, ¿y por qué?

Rob. Cuántas jóvenes han entrado en ese camino sólo por vanidad y ambición. Y es camino peligroso; más peligroso de lo que puede imaginarse. Estoy bien persuadido de que los móviles del joven amo son los más puros y nobles, pero!... En fin, si mañana oigo de una persona experimentada la opinión de que mis dudas son quiméricas, entonces yo, yo mismo proveeré en lo sucesivo á tu enseñanza y te prometo no descansar un momento hasta que te hayas perfeccionado en tu arte. (*Alma oculta el rostro entre las flores que están en la mesa.*) ¡Extraña cosa que ven-gamos á deber á la familia Mülling todo, hasta esta inesperada fortuna! [*Micalski rie como en broma. Roberto lo observa pero calla.*]

Alma. Mamá ¿quién ha enviado éste espléndido ramo?

Hein. Es un regalo de bienvenida para... (*señala á su hijo*) de la señorita (*Con malicia.*).

Alma. Ah! Es de ella... (*Deja el ramo con desprecio.*).

Rob. Un momento. Una pregunta: observo que cuando hablo del palacio, ó de alguno de los que lo habitan, cualquiera de ustedes se rie ó hace signos de desprecio. Solamente el Sr. Mülling hijo parece haber hallado gracia á los ojos de ustedes. Sin ambages: ¿qué tienen

contra nuestros bienhechores? (*silencio general*) Tú, por ejemplo, cuñado, que has reído con burla hace poco... (*Silencio*). Y tú, Alma, que acabas de dejar con desprecio las flores de la señorita... Mi madre me contaba hace un momento que *ella* ha sido siempre buena para con ustedes.

Alma. ¿Buena ella? Una presuntuosa que me mira con altivez cuando me encuentra y apenas se digna contestarme si le saludo... oh! con-que ella...

Gigia. Conmigo hace lo propio.

Mic. (*Con intención*) Y conmigo!...

Rob. (*Con pena*) Antes no era así.

Hein. (*Tiernamente*) Dejen que sea la esposa de mi hijo...

Rob. (*Interrumpiéndola*) ¡Oh! madre!... Perdóname.—Ahora me acuerdo que he traído un regalillo á mis hermanas, y también á vd... á tí, cuñado.

Gigia. ¿Qué cosa es? ¿dónde lo tienes?

Rob. En mi cuarto, sobre la mesa. En un papelito está está escrito lo que es de cada uno. (*Micalski Alma y Gigia entran apresruados en la habitación*)

Viej. (*Con amargura*). Y para nosotros no hay nada?

Rob. Para ustedes, queridos padres, me parecieron poco todos aquellos objetos exóticos. Díganme, qué pueden desear ...

Hein. ¡Oh! si un día me regalaras un sofá igual á los sillones ... (*Roberto se queda viendo con fijeza frunciendo el ceño y sin volverse hacia ninguno*). ¡Ah, veo que no entiendes!

Rob. [*Con doloroso reproche*]. No, madre, no te entiendo.

Viej. [*Tomándolo á mal*]. Y yo quisiera tener... un

vaso nuevo para la cola... (con leve ironía) si tus medios te lo permiten. (vuelven los tres que salieron. Gigia con un gran plaid de colores; Alma con un estuche de alhaja; Micalski con una pipa; pasan ante Roberto para dar las gracias, pero descontentos).

Gigia. ¡Lástima que estos chales de la India estén fuera de moda!

Mic. (Probando la pipa) No tira.

Rob. (A Alma que juega con el estuche) ¿Estás contenta, Alma? Mira, estas piedras azul claro son zafiros de la India.

Alma. Sí, son preciosos, sí,.... pero yo preferiría algunas más oscuras.

Rob. Cómo! ¿Tienes tanta experiencia?

Alma. Oh! En los escaparates! Las vemos siempre con mucha afición.

Rob. ¿Y qué es lo que te brilla en las orejas?

Alma. ¿Estos?... Cristales, nada más; falsos; dos marcos el par.

Rob. Querida hermana, estas cosas no se llevan; y si me prometes quitártelos luego, tengo todavía una sorpresa para ti en mi baul.

Alma. (Se quita los pendientes con enfado). Ahora mismo, dime qué es.

Rob. Un vestido de una princesa india, adquisición de un amigo mío en una expedición. Figúrate: rojo y blanco, todo bordado de oro.

Alma. (Con júbilo). ¡Oh Dios mío! Qué magnificencia!

Mic. (Riendo) Y después, junto al vestido, será capaz de tenerla amarrada á un árbol y desnuda! (Roberto lo ve fijamente).

Alma. (Acariciando á Roberto). ¡Cuánto te quiero, hermano mío! (Un cochero de librea llama á los vidrios de la ventana).

Hein. (A su esposo). Anda á ver qué quiere Juan.

Alma. (A Gigia) Se les van á poner las caras largas de envidia, cuando mañana en el baile de disfraces....

Gigia. Chisst....

Viej. (A la ventana). Alma, te dice Juan que el señorito Carlos manda enganchar á las tres para ir á la ciudad, y que si quieres aprovechar la ocasión.... (Gigia y Alma cambian una mirada).

Rob. ¿Qué significa esto?

Gigia. Es sencillísimo: el señorito Carlos tiene su coche, y como es un joven galante, ha invitado una vez por todas á Alma para que aproveche el carruaje cuando él va á la ciudad.

Rob. ¡Cómo! ¿Y ustedes toleran esto? Y tú, hermana, ¿has aceptado?

Alma. Una pobre muchacha desea pasearse, siquiera alguna vez, en una hermosa carretela.

Hein. Y así economizamos el costo del tranvía!

Rob. Pero, por favor! ¿Qué dirán los señores Müling?

Alma. Oh! ellos no saben nada. Cuando yo lo lo acompaño, el carruaje se para en la puerta grande de atrás, por donde salen y entran solamente los operarios.

Rob. ¡Tanto peor! De tales subterfugios pueden nacer muy malas interpretaciones. ¿Pero tú no lo has pensado?... Alma, ven acá, mírame á los ojos.

Alma. (Viéndole con los ojos muy abiertos). Y bien, ¿qué?

Rob. (Tomándole entre sus manos la cabeza). ¡Oh! estos ojos no engañan: tú eres pura; sí, lo eres! (besándola en la frente).

Viej. Decidan; Juan está esperando.

Rob. Di á Juan que antes quiero entenderme con su amo.

Alma. ¿Para qué? Si ya estamos entendidos.

Rob. Tú no volverás á ir en el coche del señor Carlos Para muchachas de tu... de nuestra clase, está el tranvía. (*Alma prorrumpe en llanto de chico porfiado.*)

Hein. Pobre muchacha!

Gigia. Parece que solo veniste aquí á trastornarlo todo. (*Se oyen fuera gritos de muchachos.*)

Viej. (*Siempre á la ventana.*) Vengan ustedes pronto. ¡Un moro, con un gran turbante!

Todos. (*Menos Roberto que lo ve, meneando la cabeza. Todos corren á la ventana.*) ¡Un moro!

Alma. (*Llorando aún como chiquillo.*) Roberto, ¿es un moro, eh?

Rob. (*Tuciturno.*) No, querida mía; seguramente es el criado indio de mi amigo (*Él tra el criado indio y se detiene en el umbral de la puerta. Todos le rodean.*) Ragarita, dí á tu amo que se rá bien recibido en la casa de mi padre. (*Vase el criado. Espectación general. La Sra. Heineke coloca en su sitio los sillones y limpia el espejo.*)

Alma. (*Delante del espejo.*) ¿Es joven ó viejo tu conde? (*Roberto no responde.*) Y mis ojos están rojizos, como brasas; ¿verdad, Gigia? Y seguramente será joven... [*Vase.*]

Mic. Bueno, y yo, ¿que digo? Señor conde, siéntese usted en este sillón... ¿O que otra cosa? ...Eh! nosotros no entendemos jota de gente noble.

Hein. Ya una vez habíamos tenido por aquí un barón, uno de los amigos del señor Carlos... ¿te acuerdas, Heinke? Vino para informarse de cómo estaba Alma. ¡Pero lo que es un conde, nunca!

Rob. ¿Que han venido aquí, madre? ..

ESCENA VIII.

DICHOS, EL CONDE TRAST.

Conde. (*Es un hombre de cabeza gris y larga barba rubia; tiene de 40 á 50 años; viste con elegancia señoril, pero sin ostentación, como un inglés de viaje. Roberto acude á su encuentro y le estrecha ambas manos. El conde en voz baja:*) ¿Qué es lo que tienes? ¿La fiebre del retorno no se calma todavía? (*Alto*) Esta es, ¿verdad? tu anhelada familia... (*Estrecha la mano de los viejos.*) Caros señores, en mí deben ustedes ver casi otro hijo. La amistad de mi querido Roberto espero me dará el derecho á tal nombre. (*El viejo inclinándose atrojado retrocede hácia la puerta derecha y sale.*)

Hein. ¿El señor conde gusta de probar esta torta? Hay aquí todavía.

Conde. Mil gracias... suelo...suelo comerla... (*La vieja Heineke se inclina también toda cortada y sale como su esposo.*) Estás pálido, amigo mío; tus manos tiemblan ¿Qué te ha pasado?

Rob. Nada...nada... la alegría... entiendes? La agitación...es natural.. sabes?..

Conde. Sí, sí, naturalísima. Y dime, ¿cuánto tiempo piensas estar aquí? Quisiera calcular mi permanencia en la buena Europa.

Rob. Imposible, caro amigo, nuestras vidas se separan desde ahora.

Conde. ¡Cáspita!

Rob. Suplicaré á mi principal que me ocupe en lo sucesivo en mi país. El clima de las Indias...

Conde. ¡Pero eso no puede ser!

Rob. Sí, aquí estoy ya y aquí debo quedarme; y puesto que muy pronto nos separaremos, debo decirte una vez más: gracias, mi exce-

lente amigo, por cuanto has hecho en mi favor. Fué, ciertamente, el más bendito instante de mi vida, aquél en que tú, en el Club de Buitenzorg, me viste fijamente, cuando me hallaba tras de la silla de mi joven principal, que arrojaba sobre el tapete verde billetes de á cien florines uno tras otro.

Conde ¿Y por qué fui yo tan necio en volverme loco por tí, para que tú ahora .. vamos... eso no está bien...

Rob. Trast, no me mortifiques. Mira, á tí lo debo todo. Yo conocía ya tu nombre, el nombre de la razón Trast y Compañía, omnipotente desde Yocoama hasta Aden, y cuando te ví por primera vez, tuve una sensación, como si me hubiera hallado delante del Emperador.

Conde Un emperador por obra y gracia de los sacos de café.

Rob. La empresa Mülling en Batavia, se veía entonces á punto de perecer miserablemente.

Conde ¡Qué maravilla, si estaba dirigida por el mayor bribón de Archipiélago!

Rob. Me encontraba yo al frente y tenía que decidirme entre afrontar el reclamo ó presentar la dimisión. Entonces fué cuando tú pusiste al pobre dependiente extranjero bajo tu amparo; tu nombre me proporcionó muchas relaciones importantes; con tus consejos he venido á ser un hombre, y mientras el señor Bienno Mülling continuaba su vida alegre, la dirección de los negocios se deslizaba poco á poco á mis manos.

Conde Y el fin de la historia es que la casa Mülling, con su guapo representante por obra nuestra, se enriqueció en unos cuantos cen-

tenares de miles de florines más. ¡Qué lástima que no hayan sido para tí! Pues bien, yo atenderé aquí á tu cuenta al llegar el saldo. Si no te hacen socio, cuando menos, mira: yo provocaré una alza tal en el precio del café, que cierto noble fruto de la encina llegará á tener una importancia nunca vista. Pero hablemos en serio. ¿Por qué te empeñas en permanecer al servicio de esta gente? Vente conmigo; te ofrezco un sueldo de príncipe, y cada fin de año un vestido nuevo... (*Roberto niega moviendo la cabeza. Trast reflexiona.*) No: la sola gratitud no puede conducirte á esa locura. Debe haber sin duda, metida en cuenta, alguna ninfa del Rhin, que... A propósito de ninfa, oye lo que me pasó ayer noche: Acabábamos de separarnos; me paseaba sin objeto por las calles y leía un grande anuncio de colores que invitaba á un baile de máscaras... Rezaba entre otras cosas que cien bayaderas ejecutarían sus embriagadoras danzas indianas. Como ves, aquello me correspondía, y allá me fui. ¡Oh! te aseguro que parecía todo dispuesto expresamente para convencer al más vacilante novicio, de que debía iniciarse en aquellos misterios. Pero en medio de aquella estúpida multitud, veo que viene á mí encuentro una criatura de cutis mórbido y aterciopelado como tez de durazno apenas maduro. Creí que iba sola y la abordé; ella, sin timidez alguna parecía mendigar, con su dulce voz de chiquilla, un dije pendiente de la cadena de mi reloj: un idolillo de oro que representa á mi santo patrono Ganeza, el dios del éxito, que, como tú sabes, cabalga en un avestruz: era que un avestruz ha-

bía olido al otro. Me puse a charlar con ella, y ¡cuánta ingenua depravación encontré bajo el lindo barniz de su inocencia de niña!...

Rob. [Con angustia.] ¿Pero es eso posible?...

Conde Como te lo digo. Mi corazón suele siempre latir conforme á la medida que requieren las costumbres del país que me da hospitalidad. En el Oriente se ama con los sentidos; en Italia con la imaginación; en Francia con la cartera y en Alemania con la conciencia. Me propuse, por consiguiente, convertir aquella viciosa infantil en una Magdalena arrepentida. Mas no había empezado á dar mi primera lección, porque el *champagne* no estaba aun destapado, cuando un señorito, mitad diablo y mitad polichinela, se acercó á nosotros y reclamó á la chica como de su propiedad. Yo entonces me incliné ante los derechos anteriores y me fui á acostar, con una buena acción de menos. Confieso, sin embargo, que daría cualquier cosa porque el azar me condujera de nuevo cerca de aquella deliciosa personita. [*Roberto se cubre el rostro sollozando.*] Pero, ¡cáspita! ¿qué tienes?... Chisst... [Indicándole que calle, al ver que viene gente]

ESCENA IX.

DICHOS, la SRA. HEINEKE.

Hein. Robertito...

Rob. ¿Madre?

Hein. ¿Tienes por casualidad en el bolsillo un tirabuzón? (*Al Conde.*) Mi hija Alma se permite ofrecerle una botella de vino. Pero no vino corriente, ¿sabe usted? sino del más fino que pueda hallarse.

Rob. ¿Viene, por supuesto, del palacio?

Hein. (*Con orgullo.*) Ya lo creo.

Rob. Toma [*Arroja un cortaplumas con tirabuzón sobre la mesa.*]

Hein. ¡Oh! qué modos tan descorteses...

Rob. Sí, sí, madre, tienes razón; perdóname. [*Váse la Sra. Heineke.*]

Conde Y ahora, amigo mío, habla, confíame lo que te sucede.

Rob. ¡Oh! ¡mejor no hubiese vuelto nunca á ver mi patria!

Conde ¡Hola! Por este lado sopla el viento!

Rob Me avergüenzo de la esfera en que he nacido. Los de mi casa no tienen valor para mí. Mi espíritu retrocede á su contacto. No tengo confianza ni aun en mi cerebro; porque una sospecha más horrible que todas, se hunde en mi mente de tal modo, que creo casi perder toda estimación para quienes me han dado la vida.

Conde Esas son ni más ni menos que completas necesidades.

Rob. Si te contara lo que he sufrido en pocos momentos Toda palabra seria me parecía un golpe; toda chanza una bofetada. Se me figuraba que nadie sabía decir otra cosa, sino frases para herirme. Creí tornar á la patria, y me encuentro en un país desconocido, en donde puedo apenas respirar... Aconséjame tú: ¿qué debo hacer?

Conde La maleta.

Rob. Sería una fuga cruel. ¿Lo merece acaso la que me ha llevado en su seno?

Conde Dejemos á un lado las palabras retumbantes. La cosa es la más sencilla del mundo, para nosotros que hemos estudiado en la India, en la propia fuente, la diferencia de

las castas sociales. Las mismas que allá, existen aquí. Lo que las separa irremediablemente es la manera de pensar. Toda casta tiene su propio honor, su modo de ser propio y sus ideales, como tiene su propio idioma; por lo tanto, infeliz aquél que habiendo caído fuera de su clase, no tiene el valor de acomodarse al medio ambiente. Uno de esos hombres fuera de su puesto eres tú, y yo soy otro. Bien lo sabes. Oh! lo que ahora pesa sobre tí, años hace que ha gravitado también sobre mis hombros. ¿Cómo crees tú que estuviera mi ánimo como cuando joven, flamante oficial de caballería, una mañana, al despertar, me acordé de que la noche anterior había perdido al juego la pequeña suma de un tercio de millón, que debía ser pagado dentro de veinticuatro horas? Ignoro qué fuerza me ayudó á ir á casa de mi padre para arrojarme á sus pies. El habría hipotecado su cuerpo para salvar el honor de mi nombre... que era el suyo... pero seguramente ese cuerpo estaba ya hipotecado; y como noté otra cosa que darme, me dió al menos su maldición.

Rob. (Siempre taciturno.) Tuviste mucho valor para seguir viviendo

Con. Ah! ¿No sabes, pues, cómo llegué á resolverme á ello?

Rob. (Distraído e inquieto.) Nada sé; nada... nada...

Con. Pues guárdalo en la memoria, que puede serte útil. Cuando mis camaradas se despidieron de mí, me hicieron el último servicio de amigos, dejando sobre la mesa, á mi alcance y sin decirme nada, una pistola preparada. Contemplé por todos lados aquél utensilio, y...claro: Era natural que, como

hombre deshonorado, no pudiese vivir una hora más. Pero cuando ya oprimía la boca de la pistola sobre mi sien, vino me de pronto este pensamiento: Todo esto es estúpido y brutal. ¿Qué eres tú menos ahora, de lo que eras hace tres días? De hecho has merecido azotes, porque como rapaz inexperto, has perdido una suma que no tenías; pero la muerte, eso no! Durante miles de años tantos hombres se han regocijado con la luz del sol, sin dejarse ofuscar por el fantasma del honor; hoy mismo, novecientas noventa y nueve personas por ninguna, viven de igual modo. Pues vive como ellos, trabaja como ellos y regocíjate con los rayos del sol, lo mismo que ellos.—Cuando doce años después—pagada ya, naturalmente, mi deuda, y de una sola vez—volví á Europa, hubo una especie de reconciliación entre mi padre y yo, aunque sólo en la apariencia; pocas semanas después volví á emprender el viaje. El rico comerciante en café y el pobre gran señor feudal no tenían ya nada que decirse.

Rob. ¿Y ahora es ya muerto?

Conde. ¡Sí. Ojalá haya encontrado la paz en aquél paraíso... en que él creía!—Pero vengamos á la moraleja: Deja á los tuyos su modo de ver las cosas, que al cabo no has de cambiarlos. De lo que sea necesario, dales en abundancia, y por lo demás, vente conmigo.

Rob. No puedo; y oye por qué. Te lo he callado hasta ahora por vergüenza. Tengo una hermana que fué siempre mi ídolo, y que era una pequeñuela cuando me fuí. Mucho soñé con volver á verla; y no me engañé en mis sueños, porque la he hallado linda como una

flor; más bella y graciosa que cuanto yo me imaginaba. Pero mi amor por ella se ha trocado en ansia angustiosa. Tiemblo ante mil peligros que no sabría nombrar, porque lo que hacé ella y lo que deja hacer en torno suyo, contradice absolutamente mis convicciones sobre el honor. Hace poco, cuando me hablabas de aquella precoz culpable, corrió hiel por mis venas, al pensar que... ¡No... mil veces no! Aquí es mi puesto! aquí estoy!... aquí me quedaré!

Conde. Concedo que tienes buenas razones; pero te encuentras muy exitado y todo lo ves demasiado negro.

Rob. ¡Dios quiera que sea eso! (*Ocultta la cabeza entre las manos.*)

ESCENA X.

DICHOS, ALMA.

(Alma trae en la mano un azafate con una botella de vino y dos vasos. El Conde retrocede sorprendido al verla; ella arroja un ligero grito, y está á punto de dejar caer el azafate, que pone luego sobre la mesa.)

Conde. (*Rehaciéndose, corre á ayudarla.*) ¡Oh! por poco hacemos un estropicio, señorita. (*Entre st.*) ¡Aquí sí que va á haber estropicio!

Rob. (*Abrazando por el talle á su hermana.*) Aquí la tienes, querido Trast. ¿No es verdad que es un ángel? Vamos, acércate á él, dale tu linda manecita y dile: muy bien venido, señor!

Alma. (*Bajo al conde al llegar á él.*) No hay que decir nada ¿eh?

Conde. (*Para st.*) ¡Desgraciado! ¿Cómo haré para sacarle de aquí?...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala de recibir en casa del Comendador Mülling. Mobiliario rico y de gusto severo. Al fondo, gran puerta abierta que conduce al salón de comedor, que debe verse con la mesa puesta figurando que se acaba de comer. Gabinete á la izquierda y al lado él mesa ovalada ó redonda y sillones. A la derecha mesita redonda con una mecedora pequeña. Chimenea. Reloj de pared.

ESCENA I.

EL COMENDADOR MULLING Y CARLOS, su hijo, entran del salón de comedor á la sala, dirigiéndose á la izquierda. LEONOR sentada en un sillón, examinando un libro. La Sra. Mülling, sentada junto á Leonor. Toman una taza de café que les sirve un criado. En el comedor se ve un sirviente arreglando la mesa.

Car. Te repito, papá, que el caballo negro es hermosísimo.

Müll. Sí, hermoso, pero muy caro.

Car. Te parece caro... Dios mío!

Sra. M. Añadiré la cantidad que falta para que compres el caballo que tanto te gusta.

Car. (*Besándole la mano.*) Cuánto te lo agradezco, madre mía! Te ofrezco hacerme admirar del pueblo, montado en mi caballo. (*á su hermana*) A tí te permitiré también que me admires, hermana mía.

flor; más bella y graciosa que cuanto yo me imaginaba. Pero mi amor por ella se ha trocado en ansia angustiosa. Tiemblo ante mil peligros que no sabría nombrar, porque lo que hacé ella y lo que deja hacer en torno suyo, contradice absolutamente mis convicciones sobre el honor. Hace poco, cuando me hablabas de aquella precoz culpable, corrió hiel por mis venas, al pensar que... ¡No... mil veces no! Aquí es mi puesto! aquí estoy!... aquí me quedaré!

Conde. Concedo que tienes buenas razones; pero te encuentras muy exitado y todo lo ves demasiado negro.

Rob. ¡Dios quiera que sea eso! (*Ocultta la cabeza entre las manos.*)

ESCENA X.

DICHOS, ALMA.

(Alma trae en la mano un azafate con una botella de vino y dos vasos. El Conde retrocede sorprendido al verla; ella arroja un ligero grito, y está á punto de dejar caer el azafate, que pone luego sobre la mesa.)

Conde. (*Rehaciéndose, corre á ayudarla.*) ¡Oh! por poco hacemos un estropicio, señorita. (*Entre st.*) ¡Aquí sí que va á haber estropicio!

Rob. (*Abrazando por el talle á su hermana.*) Aquí la tienes, querido Trast. ¿No es verdad que es un ángel? Vamos, acércate á él, dale tu linda manecita y dile: muy bien venido, señor!

Alma. (*Bajo al conde al llegar á él.*) No hay que decir nada ¿eh?

Conde. (*Para st.*) ¡Desgraciado! ¿Cómo haré para sacarle de aquí?...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala de recibir en casa del Comendador Mülling. Mobiliario rico y de gusto severo. Al fondo, gran puerta abierta que conduce al salón de comedor, que debe verse con la mesa puesta figurando que se acaba de comer. Gabinete á la izquierda y al lado él mesa ovalada ó redonda y sillones. A la derecha mesita redonda con una mecedora pequeña. Chimenea. Reloj de pared.

ESCENA I.

EL COMENDADOR MULLING Y CARLOS, su hijo, entran del salón de comedor á la sala, dirigiéndose á la izquierda. LEONOR sentada en un sillón, examinando un libro. La Sra. Mülling, sentada junto á Leonor. Toman una taza de café que les sirve un criado. En el comedor se ve un sirviente arreglando la mesa.

Car. Te repito, papá, que el caballo negro es hermosísimo.

Müll. Sí, hermoso, pero muy caro.

Car. Te parece caro... Dios mío!

Sra. M. Añadiré la cantidad que falta para que compres el caballo que tanto te gusta.

Car. (*Besándole la mano.*) Cuánto te lo agradezco, madre mía! Te ofrezco hacerme admirar del pueblo, montado en mi caballo. (*á su hermana*) A tí te permitiré también que me admires, hermana mía.

- Leon.* Sí, mi querido Carlos. (*Sigue leyendo.*)
- Car.* Lotario Brand y Hugo Stengel deseaban venir para examinar el animal. Puede ser que esto te interese.
- Leon.* Oh. No me maravilla ciertamente que vengan esos señores; como no tienen nada que hacer... (*Mirando el reloj.*) ¡Dios mío, con qué lentitud pasan las horas! (*Impaciente. Véase el criado.*)
- Sra. M.* Hija mía, no debieras hablar tan severamente de esos señores, porque Lotario aspira á tu mano.
- Leon.* ¿De veras?
- Müll.* Creía que lo habías notado.
- Leon.* Absolutamente en nada, padre mío.
- Sra. M.* (*A media voz á Mülling.*) Estás insoportable, Teodoro. No es este el modo.....
- Müll.* Conocemos perfectamente esta música, hija mía. Pero el orgullo de los hijos contra los padres tiene sus límites.
- Leon.* (*Resentida*) ¿El orgullo contra los padres?
- Müll.* ¿Cómo deberemos llamar á las salidas que tú hallas siempre desde hace diez años para rehusar á los pretendientes ricos y considerados? Yo era un simple *burgués* no muy rico, y me elevé poco á poco con mis solas fuerzas.
- Carl.* (*A la espalda de Leonor, bajo*) Sí; pero él hizo un buen matrimonio.
- Müll.* ¿Qué dices, Carlos?
- Carl.* Nada de importancia, papá.
- Müll.* Sí, yo no encontré la vida tan cómoda como tú, hijo mío. Toma mi ejemplo: yo no quiero hacer el rico fanfarrón y deseo que mis hijos hagan como yo: solamente lo que aconseja en la clase elevada en que vivimos, la buena educación.

- Carl.* (*Ap.*) Y el buen negocio.
- Leon.* No creo merecer el extrañamiento que me haces.
- Sra. M.* [*A Leonor.*] Te ruego expliques las razones que tengas para no creerte merecedora de las indicaciones de tu padre.
- Leon.* [*Con amargura*] Madre mía.....
- Sra. M.* (*Nerviosa.*) Por fin te explicarás!
- Leon.* (*Levantándose.*) Dios mío! ¿Por qué no me permitis que yo me forme el porvenir, conforme á mi carácter? Soy modesta por temperamento y no pido otra cosa que vivir para mí misma.
- Müll.* ¿Y tú llamas á eso modestia? ¿Dónde estaría entonces la santidad de las tradiciones de familia?
- Sra. M.* [*A su marido.*] Ya pienso yo en ello y tiempo hace que no quito los ojos de ese asunto.
- Leon.* ¿Por mi causa?
- Sra. M.* Con tus caprichos diarios, incurres en muchas inconveniencias. Por ejemplo, ¿quieres explicarme qué significa tu empeño en mandar ramos de flores á un dependiente que vuelve á la casa?
- Leon.* ¿Te refieres á Roberto?
- Sra. M.* Precisamente, me refiero al señor Roberto Heineke. (*Con desprecio*)
- Leon.* Pero Roberto no es simplemente un empleado de mi padre: es casi como de nuestra familia.
- Car.* [*Irónico.*] Mil gracias.
- Sra. M.* ¿Crees eso porque nosotros lo hemos levantado desde el fango?

29375

ESCENA II.

LOS MISMOS Y GUILLERMO.

Müll. ¿Quién es?

Guill. El joven señor Heineke me encargó de anunciar que á las dos tendrá el honor... [Leonor hace un movimiento involuntario y mira el reloj.]

Müll. ¡Cómo! Se hace anunciar como si fuera un gran señor! Está bien.

Guill. Con el permiso del señor Comendador... había olvidado que el señor Conde Trast desea acompañar al joven Heineke.

Müll. (Levantándose con rapidez.) ¡Cómo! ¿El Conde Trast? ¿Carlos, sabes que el Conde Trast es el rey del café? (Hace señal al criado para que se retire. Vase el criado.)

Car. Nuestro dependiente es verdaderamente afortunado.

Müll. Amalia, necesito invitar á comer con nosotros al Conde Trast.

Sra. M. Está bien: para mañana.

León ¿Cómo? ¿No invitas, padre mío, al señor Roberto Heineke y sí al Conde Trast?

Müll. En efecto, á decir verdad, tienes razón... si alguna vez descendemos hasta esas gentes, les encadenamos vida y alma á nuestros intereses. Tales procedimientos entre las riquezas suelen dar fruto. Este joven bajo la dirección de mi sobrino aprendió á hacer buenos negocios, y como yo quiero mandarlo por otros diez años á las Antillas... (Con intención.)

León. (Disgustada.) No lo entendía yo así, padre mío!

Müll. Eso no importa.

Sra. M. Oye, Carlos, debes tener cuidado con ese

jóven, no vaya á cometer alguna tontería. Su origen humilde me hace presentir incorrecciones de su parte.

Car. (Levantándose) Perdonadme. Creo que tendreis gusto en invitar también á mis amigos.

Müll. Seguramente: también á tus amigos. Los jóvenes siempre tienen tiempo que perder.

Car. Te ruego entonces que me dispenses; no es posible que yo ponga en relación á jóvenes de familias distinguidas, con el hijo del... (Indica hacia la ventana.) del señor Heineke.

León. (Bajo á Carlos.) Entiendo que debías más bien decir: con el hermano de la señorita Heineke. [Sarcástica.]

Car. (Alarmado.) ¿Qué quieres decir?

León. Es preferible que no te responda.

Car. ¿Por qué?

León. ¿Deseas que hable?

Car. Tus reticencias parecen amenazas. (Con enojo.)

Müll. Hijos míos: no me agradan en mi casa semejantes escenas.

Sra. M. No queremos verlas, Teodoro, ¿comprendes? Yo me retiro y supongo que tú querás también descansar. (Mülling le besa la frente con etiqueta.)

Car. [Aparte.] Oh! El tiempo viejo! (Alto.) Que descanses, madre mía. [La Sra. Mülling hace medio mutis. Mülling toca un timbre y aparece un criado.]

León [Corriendo tras de su madre.] ¡Madre!

Sra. [Volviéndose nerviosa.] ¡Está bien! Déjamel (Entra Guillermo.)

Müll. Si viene alguien á visitarme, avísame; estoy en mi gabinete de trabajo. (Mülling y Guillermo se van.)

Leon. (A Carlos que intenta marcharse.) Me parece que debemos hablar, Carlos.

Car. ¿Nosotros?... ¿Cómo?... No creo....

Leon. ¿No deseas pedirme nada?

Car. Me parece que no te agrada verme obrar como hombre de mundo; tú querías todavía conducirme como un muñeco, porque eres cuatro años mayor que yo y me enseñaste á dar los primeros pasos. Pero ahora puedo andar por mí solo, y aquí hay quien pretende que vaya demasiado lejos... Te ruego no te mezcles en mis asuntos y me dejes volverme santo del modo que más me agrade...

Leon. Nunca te hice el menor reproche. Puedes llevar una vida tan disoluta como te plazca, pero ten al menos el valor de confesarlo.

Car. No te comprendo.

Leon. Tú aparentas ser un hijo de familia obediente y sumiso, para reírte en cuanto vuelves la espalda á tus padres. Creeme, Carlos, de esa manera avanzas hacia la ruina.

Car. ¿De veras? [Irónico]

Leon. Y te suplico una cosa. Que respetas al menos esta casa, como es tu deber.

Car. Eso haré, con la ayuda de Dios.

Leon. ¿Sabes lo que se murmura en el lugar y en las oficinas? Que persigues á la hermana de Roberto Heineke... Que tú...

Carl. (Encogiéndose de hombros.) Ah! si descienes á dar oído á charlas de esa especie...

Leon. Carlos, deja ese tono insolente que te sienta muy mal. Te he ahorrado hoy la vergüenza de que nuestros padres conozcan la verdad, pero otra vez no lo haré. Sobre todo, oye una cosa: Roberto ha llegado; si en-

contrase á su hermana culpable... [Carlos quiere interrumpirla.] No me digas nada, yo nada temo... no quisiera creerlo; pero esa joven es ligera y vanidosa... Si fuese cierto lo que dicen y por culpa tuya... él te pediría reparación.

Carl. ¿Quién? ¿Mi dependiente?

Leon. Sí, tu dependiente, contra quien cometes la humillación de robarle... Piensa bien esto.

Car. ¿Qué palabras son esas! Robarle yo! ¿Qué cosa?

Leon. Su posición ante el mundo. Su buen nombre.

Car. ¡El buen nombre de Heineke! Oh! (Con desprecio. Guillermo aparece con dos tarjetas de visita que entrega á Leonor.)

Leon. Visita para tí.

Car. ¿Quién?

Leon. Leé. (Le da la tarjeta.)

Car. Lotario Brand y Hugo Stengel ¡Ah! Hazlos entrar. (El criado se va. Carlos deja la tarjeta en la mesa. Leonor se sienta en la mecedora.) ¿Qué milagro! ¿Hoy no hay escape?

ESCENA III

LOTARIO, STENGEL y dichos.

Lot. Te saludo, querido Carlos.

Car. (A su encuentro.) ¿Habeis venido á examinar el aaballo negro que he comprado? Excelente idea

Hugo [Saludando á Leonor.] Nos hemos tomado esta libertad.

Lot. Si no distraemos á la señorita.

Leon. (Con gentileza.) En nada absolutamente. Yo voy á las caballerizas muy raras veces. (Los dos jóvenes tosen.)

- Car.* ¿Quieren ustedes tomar asiento?
Lot. Esperamos el permiso de la señorita.
Leon. (*Cortés, pero con frialdad.*) Os lo ruego. [*Toma un libro y lo hojea. Carlos la mira descontento. Se sientan.*]
Car. ¿Dónde estuvisteis ayer?
Lot. (*Pensando*) ¿Ayer?... Oh, cuánto trabajo pides á mi memoria... espera... ¿Qué día fué ayer?... Ah, sí; fui á una conferencia con papá... el café está nuevamente en baja y sin demanda.
Hugo Hasta el punto de causar miedo; cincuenta y tres medio.
Lot. De causar miedo, no es precisamente la palabra, querido Hugo... ¿Hay baja?... Lucharemos —Después, fui á una visita... Más tarde fui á comer al círculo de los oficiales.
Leon. (*Levantando la vista del libro.*) Ah! ¿El señor Brand es oficial?
Lot. (*Ofendido*) Creía, señorita, que ud. lo sabía ya. Soy Teniente supernumerario en los Húsares Imperiales.
Leon. [*Sonriendo y mirando la mesita en donde están las tarjetas.*] Ah! es verdad! lo veo en las tarjetas de visita.
Car. (*Tocándole la espalda.*) Es soldado en su casa, á caballo sobre la banqueta de estudio de su señor padre.
Lot. (*Con importancia.*) Querido, te ruego que...
Leon. Señor Teniente, no es ese el peor caballo para dar caza á la fortuna?...
Hugo Muy bien dicho, señorita.
Car. Dime, Lotario, ¿y por la noche dónde estabais? no me fué posible veros en ninguna parte.
Lot. Ayer en la noche... fuimos invitados... ¿á dónde?... no me acuerdo bien... no hablemos

- de eso. (*Con malicia á Leonor.*) ¿Os sonreis, señorita?
Leon. ¿Cómo, podreis figuraros!...
Lot. Pero vos, en vuestro magnífico departamento no podreis nunca imaginar lo que en nuestro idioma significa la palabra *saison*.
Hugo Hace dos meses, señorita, que no he dormido una sola noche, lo que se puede llamar dormir.
Car. En efecto, y lo poco que ha dormido ha sido sobre las mesas de billar.
Lot. Vamos, nuestro querido Carlos se chancea; mas si supierais qué cosa es ser mártir del placer, comprenderíais...
Leon. Hago un supremo esfuerzo por comprenderlo y concluyo por compadeceros.
Hugo (*Bajo á Lotario.*) Me parece que la señorita se mofa de nosotros.
Lot. (*Bajo con arrogancia.*) Cada mujer coquetea á su modo
Hugo (*Levantándose*) ¿No teníamos que ver al caballo de Carlos?
Lot. Ciertamente! Id vosotros.
Hugo (*Saludando.*) Señorita!...
Car. Ven, Hugo, ven. (*Vanse Carlos y Hugo.*)
Leon. (*Con impaciencia, mirando el reloj.*) ¿Qué cosa tiene que pedirme ó decirme el señor Brand?
Lot. Señorita Leonor, me es desagradable ver la displicencia con que me tratáis, porque aunque mi valimento es pequeño...
Leon. Y para asegurarme esto, ¿dejais de ir á...?
Lot. Un momento, os lo suplico...
Leon. (*Para sí.*) Una petición de matrinonio!
Lot. Mis defectos serán innumerables, pero os protesto, señorita, que soy un hombre de honor.

Leon. Me parece que esa es cualidad natural en un hijo de buena familia, señor Brand, y no encuentro mérito alguno en que seais hombre de honor, como no lo encuentro en que lleveis un vestido bien hecho.

Lot. ¿Quiere decir que vos apreciáis en poco mis cualidades!...

Leon. No desprecio lo que vos ostentais como cualidades, como no desprecio tampoco á los que van mal vestidos. Solamente que las apariencias engañan muchas veces.

Lot. Debo confesaros que en verdad me intimidais con vuestros razonamientos, pero en último resultado, deseo manifestaros que poseo el valor como otra de mis cualidades.

Leon. Oh! eso es muy meritorio. Yo soy admiradora del valor. Mas, ¿en qué ocasiones lo habeis manifestado? ¿Podrías satisfacer esta mi curiosidad?

Lot. Podeis preguntarlo á mis amigos. Ellos seguramente os lo dirán.

Leon. ¿Quereis decirme que os habeis batido?

Lot. No se debe hablar de esto con las señoritas.

Leon. ¿Por qué no? Nosotras sabemos y podemos igualmente hablar de duelos. No hemos nacido para otorgar el lauro al vencedor? También la mujer se ha encontrado alguna vez en la necesidad de romper una lanza en favor de una idea mal juzgada, pero que en su interior la reconocía como buena y como suya.

Lot. ¿Cómo podeis creer eso? Semejante idea no se puede tener...

Leon. ¿Habeis soportado alguna vez en silencio una indignidad, una calumnia?

Lot. Yo?... en silencio?... Al contrario!

Leon. ¿Nunca?

Lot. Nunca, señorita.

Leon. Muy bien. Entonces, con respecto al asunto de vuestro valor, no se sabe todavía nada de positivo, señor... puedo decir Teniente. Primero lo probareis; después continuaremos hablando. [Levantándose.]

Lot. (Procura detenerla.) ¿Pero, señorita?

ESCENA IV.

CONDE TRAST, ROBERTO, GUILLERMO y los mismos.

Guill. Si los señores quieren esperar un poco, pueden entrar aquí.

Leon. (Ap.) Ah! por fin ha llegado! (Corriendo al encuentro de Roberto y estrechándole la mano con confianza)

Conde (Para sí.) Ah! ¿Así están las cosas? (Al criado que está para salir por la puerta del comedor.) Un momento! (Toma una tarjeta de visita que tiene el criado y la pone en su bolsillo.)

Lot. (Observando á Roberto y á Leonor.) ¿Qué significa esto?

Conde Con mi tarjeta basta. Podeis marchar. [Vase el criado.]

Rob. Señorita! Me permito presentaros al señor Conde Trast, mi protector y cariñoso amigo.

Leon. Me permito, señor, presentaros al señor Lotario Brand! El señor Conde Trast! El señor Roberto Heineke, mi amigo de infancia.

Lot. [Bajo.] Me presenta al hermano de Alma. Esto es muy placentero. (Alto.) Escusadme, señores, pero mis amigos... (Con arrogancia.)

Conde. ¿Os esperan? ¿Verdad?

Lot. (Poniéndose en posición militar, cuadrado de cabeza y pié.) Seguramente. [Al partir.] ¿Qué clase de Conde es éste? (Volviéndose en la puerta saluda con afectación. Vase.)

León. [Indicándole que se siente.] ¿Hace mucho tiempo que faltáis de la patria, señor Conde?

Conde. He vivido un cuarto de siglo en los Trópicos.

León. ¿Por vuestro gusto?

Conde. Por cuanto puede estimarse como tal. Además mis negocios principales allí radican en el comercio de café, de marfil, y si á mano viene, hasta de prudencia.

León. (Riendo.) ¿Y por cuál de esos títulos puedo daros la bienvenida, señor Conde?

Conde. Por el que gustéis, señorita!

Guill. (Entrando.) El señor Comendador suplica que entreis. [Se levantan.]

Conde. Voy en seguida.

Rob. Yo debo ir...

Conde. Debes permanecer aquí. Yo hablaré a solas con tu principal. (Bajo.) No me contradigas. ¡Tunante! Con que me ocultabas esto... (Alto.) Este joven me ha contado sus penas durante diez años en todos los tonos — No me parece mucho que yo le condene á esperar diez minutos para saber algo bueno de cuenta mia.

León. (Amenazándole con el dedo.) Ah! señor Conde...

Conde. A vuestras órdenes, señorita. (Vase.)

León. (Tomando la mano á Roberto.) Por fin, Roberto, ya estáis con nosotros.

Rob. Desde el fondo de mi corazón, agradezco á la señorita Leonor sus bondadosas palabras.

León. Oh! Cómo sois circunspecto y solemne! Mis bondadosas palabras no son por caridad. Son perfectamente sentidas. Venid acá (Va á la chimenea.) Sentaos aquí al calor, frente á mí. Debeis sentiros helado en la fría Alemania. Esperad mientras avivo el fuego. (Toma el fuelle.) En la India no se necesita la chimenea, ¿no es cierto? Oh! si supierais Roberto, qué contenta estoy de vuestra venida! Y ahora que lo sabeis deseo que prescindamos de cumplimientos y ceremonias. ¿Os parece bien?

Rob. ¡Qué buena sois! Pero os suplico que no agraveis mi situación.

León. Guárdeme Dios de semejante cosa.

Rob. Lo hariais continuando de esta manera; haciendo surjir ante mis ojos la imágen de una felicidad oculta para siempre.

León. No! si siempre sois para mí el mismo de nuestros primeros tiempos.

Rob. Lo sé. Y Dios lo sabe también. Pero presumo que tanta felicidad es quizá un anuncio funesto para nosotros.

León. (Contrariada.) ¿Lo creéis así?

Rob. Dios mío! Comprendedme bien. No debo hablar como quiere mi corazón. ¿Recordais lo que me dijisteis al oído el día de nuestra despedida?

León. ¿Y bien?

Rob. "Sigue queriéndome como ahora," deciais.

León. ¿Así decía? ¿Precisamente así?

Rob. Semejantes palabras no se olvidan nunca, Leonor.

León. ¿Conque así lo decía? Pero si... tenfamos prohibión de hablarnos de tú.

Rob. Y sin embargo, lo decíamos.

León. ¿Y por qué antes sí y ahora no?

Rob. Leonor, no me tomeis como cosa de juego.

Leon. Teneis razón, amigo mío, no es conveniente. Es que la alegría de veros me trastorna el juicio; pero me estais demostrando claramente que mi sueño de la infancia debe concluir.

Rob. Debe concluir por fuerza. Vuestro padre, en un impulso generoso me levantó de la humilde clase á que pertezco. Todo lo que pienso, todo lo que siento lo debo á él. Por eso he perdido todo derecho sobre mí mismo. Soy esclavo de esta casa y no tengo razón alguna para usar confianzas con la joven hija de mi principal, bajo cualquiera forma que sea.

Leon. Vuestro mismo orgullo os da la respuesta.

Rob. Quizás será mi orgullo el que me obliga á llevar esta esclavitud.

Leon. ¿Y no sois capaz de sacrificarme un poco de ese orgullo?

Rob. No me atormentéis. No es ésta la única razón. Sólo en este momento, á vuestro lado, es cuando encuentro algo como una pérdida patria, pero sería un miserable egoísta, si quisiera dar pábulo á este sentimiento, porque allí detrás, en aquel solar, vive mi familia: mi padre, mi madre, mi hermana. Oh! Señorita, en aquella casita se vive de bien diversa manera que como vuestra exesiva bondad puede figurárselo.

Leon. ¡Ah, mi querido amigo, no es necesario ir á la India para llegar a considerarse extranjero en la propia familia!...

Rob. ¿También vos, Leonor?

Leon. Es mejor callar. (*Mülling y el Conde se ven venir por el comedor.*)

ESCENA V.

MÜLLING, EL CONDE y los mismos.

Müll. Conque, mañana á comer conmigo, señor Conde. Ah! está aquí el jóven Roberto! Bien venido. (*Le estrecha la mano con aire de protección.*) Venís ya para entregar las cuentas?

Rob. He venido solamente por ofreceros mis respetos, Señor Comendador. Las cuentas están todavía en mi equipaje.

Müll. Está muy bien. No hay gran urgencia. ¿Qué negocio te ha traído aquí, Leonor?

Leon. Una cosa muy natural. He querido dar la bienvenida á Roberto.

Müll. ¿No sabes que tu madre ha preguntado por tí? Venid joven; tengo para vos algún proyecto que comunicaros... Señor Conde, ya sabéis que para vos no tengo secretos. (*Invitándolo.*)

Conde. Será mejor que esteis solos. (*A Roberto.*) Te espero aquí.

Leon. Nos veremos, Roberto. [*Le estrecha la mano*]

Müll. Em!... [*Se van Mülling y Roberto.*]

Leon. Señor Conde, ya lo habeis oído: debo despedirme.

Conde. Señorita... (*Leonor va á la izquierda, él la sigue con los ojos; cuando se vuelve riendo, la hace una seña con el dedo.*)

Leon. (*Sorprendida.*) ¿Qué significa, señor Conde?...

Conde. Um! A decir verdad, señorita, significa... (*Aplaudiendo con las manos.*)

Leon. ¿Y qué quereis decir con eso?

Conde. Quiero decir... (*Haciendo con la mano un embudo en la boca.*) Bravísimo!

Leon. [Seria.] No comprendo, señor Conde.....
(Transición.) Ah!... sí... ya he comprendido.
(Sonríe. Va á él con resolución y la tiende la mano.)

Conde (Tomando la mano de Leonor.) Así, así está bien.

Leon. (Ceremoniosa.) Señor Conde! [Leonor se va mostrando aire de graciosa malicia.]

Conde (Con una reverencia.) Señorita! En verdad que esta joven es excelente.... Mejor: será para él. Es necesario que sea para él.

ESCENA VI.

CARLOS, LOTARIO, HUGO y CONDE, éste en el fondo á la izquierda.

Car. Valor, Hugo, adelántate!

Conde (Reconociéndolo.) Todavía no.

Car. (Reconociendo al Conde con espanto, acercándosele y en voz baja.) ¿Me buscáis á mí, señor?

Conde No, pero me alegra encontraros.

Car. ¿Con quién tengo el honor?

Conde Con el Conde Trast.

Car. (Con embarazo y coriedad.) Ah! Debemos la visita del señor Conde, al señor Heineke.... Sera un conocimiento el de vds. hecho durante el viaje...

Conde Y vos... ¿sois hijo del señor Comendador Mülling?

Car. Oh! pido excusa por mi distracción. Sí, señor Conde. ¿No es cierto que tenemos los dos bastante mundo para olvidarnos de la escena de anoche?

Conde ¿Así lo creis?

Car. La muchacha es bien formada, y yo lo sé mejor que ninguno. Participo del buen

gusto del señor Conde, pero me cabe el derecho de prioridad y espero que no seremos rivales.

Conde Mucho menos todavía porque el hermano de la joven es el mejor de mis amigos.

Car. (Asustado, después de breve pausa.) ¿Y qué cosa pensais hacer?

Conde Todavía no lo sé. Si me fuese dado escogerlo, me imagino que cumpliríais vos vuestro deber, ó romperíais en seguida vuestras relaciones. De esa manera me vería obligado á callar....

Car. Y de otro modo, ¿qué sucedería?

Conde Eso corresponde resolverlo al señor Heineke.

Car. ¿Seguramente creis que yo me batiré con mi dependiente?

Conde Con...vuestro...¿qué?...ah! ya!...comprendo.

Car. Señor Conde, podeis hacer lo que más os plazca.

Conde Eso es lo que hago habitualmente. El señor Heineke se encuentra en este momento con el señor Comendador. ¿Me permitis esperar aquí algunos minutos para evitar un diálogo entre vosotros? Pretendo también evitar que os estrecheis la mano.

Car. Tomad esta habitación como vuestra, señor Conde.

Conde Mi agradecimiento por tal favor. [Se separan. El Conde finge mirar los cuadros. Carlos va hacia el fondo.]

Lot. (A Hugo.) ¿Qué negocios tienes, por fin, Carlos, con ese hombre?... Aunque, si bien me acuerdo, cierta ocasión en mi Regimiento figuró un conde Trast...sí... que hizo algo no muy limpio que digamos. Atiende ahora.

Hugo (Con ansiedad.) ¿Pretendes emprender contienda con él?

Lot. ¿Por qué no? Ese hombre me ataca el sistema nervioso. (Acercándose al Conde.) El señor Conde parece ser amante de la soledad!

Conde (Volviéndose cortesmente.) En efecto, amo la soledad.

Lot. Eso podría tomarse por una descortesía y mi honor!...

Conde [Mirándole fijamente.] Ah! Vuestro concepto de honor parece andar sobre el filo de un cuchillo, señor... ¿qué?

Lot. Me llamo Lotario Brand, y creo necesario añadir que soy oficial supernumerario en el Regimiento de Húsares Imperiales.

Conde [Amabilísimo.] ¿Nada más?

Lot. Nada más, señor Conde.

Conde Os pido excusas por mis preguntas. Se hace el servicio de supernumerario solamente en tiempo de guerra, y como ahora es de paz, suplico que me expliqueis...

Lot. Señor Conde! Se hace también el servicio de supernumerario para ejercitarse en el manejo de las armas.

Conde ¿Y necesitáis de mí para ejercitaros en las armas?

Lot. ¿Me permitirá el señor Conde una pregunta?

Conde Cuantas queráis.

Lot. En el Regimiento del cual tengo el honor de formar parte, hubo hace algunos años un jóven oficial que llevaba el nombre vuestro.

Conde Sí, y posible es que fuera yo mismo.

Lot. El oficial á que me refero figura dado de baja como militar indigno, en el Registro del Regimiento.

Conde Puede ser cierto... Seguramente. (Sin indignarse.) Y si usted, señor mío, teniendo como ciertos esos antecedentes, quiere expresarme su deseo de no saludarme cuando me encuentre, yo le dispenso desde ahora de su salud. [Se inclina con indiferencia, toma una cartera ó libro de memorias que habrá sobre la mesa y lo hojea.]

Hugo Yo no me he encontrado nunca en una situación tan singular como ésta. (Va junto al Conde y se inclina.) ¿Me permitís?... Me llamo Hugo Stengel...

Conde (Volviéndose y muy marcado.) ¿Cómo? (Como si no hubiese comprendido.)

Hugo Hugo Stengel... [El Conde se inclina con amabilidad y hablan los dos.]

Car. (Avanzando cautelosamente hacia Lotario) ¡Insensato! ¿Qué estás haciendo? ¿No sabes que el Conde Trast es el que norma en el mercado el alza ó baja del café? ¿Quieres arruinar con tu imprudencia el comercio de tu padre?

Lot. [Sorprendido.] ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Car. Necesitas remediar el mal inmediatamente.

Lot. Si tú encuentras forma correcta...

Car. Señor Conde... mi amigo Lotario deplora...

Lot. [Alto.] Deplorar! no me parece la exacta palabra, querido Cárlos.

Car. [Vacilando.] Ciertamente!.. él... él...

Conde Entiendo: su amigo desea que se tomen por no dichas sus palabras.

Lot. En rigor, ese es el fin del asunto, querido Cárlos.

Conde Correspondiendo á tal generosidad, yo tengo el mismo deseo.

Car. Queda, pues, terminado el incidente.

Lot. Y yo me permito manifestar el placer que siento en conocer personalmente al hombre que hace tantos años aprecio por sus obras.

Conde Veis, señor Teniente, que no era inútil esperar que nos entenderíamos y muy pronto. Señores! el señor Brand hijo, heredero futuro del honorable nombre comercial Brand y Stengel, me ha dado en este momento una lección privada sobre el tema del honor. Permitidme que yo responda públicamente. (*Siéntase á la derecha.*) Sea dicho en confianza. El honor no existe!... [*Sorpresa general.*] No hay que asustarse. Lo que yo diga no hara mal á ninguno.

Lot. ¿Y qué es lo que llamais honor?

Conde Lo que en lo general se llama honor, probablemente no es otra cosa que la sombra que proyectamos cuando el sol de la pública estimación nos alumbrá. Y lo peor de todo es que tenemos tanta diversidad de honores, cuantas son las diversas clases sociales y las ideas que se profesan.

Lot. Se equivoca el señor Conde. No hay más que un honor, como no hay más que un sol y un Dios solamente. Así debe entenderlo todo hombre correcto.

Conde Permitidme que os cuente una breve historietta. En uno de mis viajes al través del Asia Central, llegué á la casa de un príncipe del Tibet; estaba yo cubierto de polvo y muy cansado. El me recibió sentado sobre su trono; al lado suyo estaba su jóven y bellísima esposa.—Descansa, extranjero; me dijo: mi esposa te preparará un baño y después, con nosotros los hombres irás á cenar; y me dejó solo con la hermosa joven. Señores, nunca en mi vida tuve ocasión como

aquella para probar mi dominio sobre mí mismo. Cuando entré en la sala ¿qué creereis que encontré? Todo el séquito del Príncipe sobre las armas, con las espadas medio desenvainadas, gritando y especialmente el príncipe que decía: ¡Debes morir! Has ofendido el honor de mi casa, porque has despreciado el objeto más precioso que yo pude ofrecerte. Ved, pues, señores; yo vivo todavía, porque logré escusarme en vista de la idea incompleta que tienen sobre el honor los bárbaros europeos. [*Se ríe.*] Si acaso veis á alguno de nuestros modernos poetas del adulterio, lo saludareis de mi parte y podeis regalarle esa historietta. [*Todos ríen y van poco á poco á la izquierda.*] Señores, no quisiera que me juzgarais un hombre frívolo. Es una cosa moral, en sí misma, indagar el enigma de la cortesanía. Vemos, además, que está en la naturaleza del llamado honor, que no debe de ser poseído, sino de muy pocos: de un pequeño número de semi-dioses, porque es un sentimiento que pierde su valor á medida que la plebe osa apropiárselo.

Lot. Mas esto, señor Conde es una paradoja. A cada uno le es concedido ser un hombre de honor.

Conde Al contrario. Porque entonces el primer pobre diablo que venga de su oficina, podrá reclamar para sí el honor de las gentes de condición elevada. [*Carlos se fija en el golpe.*]

Lot. Si obrase según las reglas de esas mismas gentes.....

Conde Uhm!... Podría también á este respecto contaros otra brevísima historia, si no tuviera temor de fastidiaros.

Lot y Hugo. No... no...Contadla.

Conde Esto sucedió en un lugar de la América del Sur. Allí, los españoles forman la aristocracia. La hez del pueblo es una mezcla de negros, indios y toda especie de plebe blanca. Un hijo de esa impura raza, se llamaba... se llamaba... Pepito! sí, Pepito. Pues bien, la ocasión de ser trasladado á su madre patria española le hizo aprender algo del verdadero honor castellano. [*Haciéndose aire del lado izquierdo.*]

ESCENA VII.

LOS MISMOS y ROBERTO que entra por el foro sin ser visto.

Conde Cuando volvió después de algunos años, encontró á su hermana en *amistad muy íntima* con un joven aristócrata. Señores míos, no debemos indignarnos! Según su procedencia, este era el destino de aquella jovencita. Mas el hermano *Pepito*, se permitió pedir satisfacción al amante, como si su origen plebeyo pudiera igualarse al del hidalgo por quien se hallaba ofendido. (*Marcando con mucha intención el relato.*)

Carl. (*Para sí.*) Habla de mí.

Conde Ya veis, señores, que esta era una locura y él fué rechazado como un loco. Pero ahora es cuando se descubre la verdadera índole del joven. Como un bribón, se pone en asecho del aristócrata y lo mata como á un perro. Fué condenado á la horca, y todavía con la soga al cuello, aquel imbécil... se llamaba Pepito, casi estoy seguro; tenía el atrevimiento de asegurar que moría por su honor.

¿No os parece verdaderamente ridículo? (*Todo con mucha intención.*)

Rob. (*Avanzando.*) Estais en un error, querido amigo. Aquel imbécil estaba en su perfecto derecho y yo hubiera procedido del mismo modo (*Todos se levantan*)

Conde Ah! ¿Tú aquí? [*Yendo pronto á su encuentro le dice bajo.*] Tú no conoces aquí á ninguno. No veas á nadie... Ven, por aquí. [*Lo empuja hacia la puerta.*]

Rob. (*Bajo.*) ¿Qué? ¿No es Cárlos aquel que está ahí?

Conde Son extranjeros: ven. (*Alto.*) Escusadnos, señores, tenemos prisa. Adios.

Lot. (*A Carlos.*) Un momento, Señor Conde. Una sola pregunta: (*Sardónico.*) Si me haceis el obsequio, decidme: El hombre que desee tener honor en el mundo, ¿qué cosa debe poner de su parte.

Conde [*Irguiéndose.*] El cumplimiento del deber, joven... aunque á decir verdad, eso es algo más incómodo... Señores... (*Saludando.*)

Car. Fué mucho honor para nuestra casa, señor Conde...

Rob. Perdón! No sois vos el señor Cárlos Mülling?

Car. El mismo.

Rob. (*Confuso.*) Como ahora... estais... no recordaba. ¿No me conocéis? Yo soy... [*Hace por tenderle la mano.*]

Conde (*Interponiéndose.*) Tú no darás la mano á este señor!

Rob. [*Mirando en torno, confuso, primero á Carlos, después al Conde y nuevamente á Carlos, da un grito y dice dominándose.*] Os suplico me concedais una entrevista: los dos solos, señor Mülling. (*Reconcentrado é intencional.*)

Car. Como veis, en estos momentos atiendo á estos señores que me han venido á visitar... Dentro de una hora estaré á vuestra disposición.

Rob. [Con dignidad.] ¡Dentro de una hora, señor Mülling! [El Conde toma á Roberto del brazo y se van por el fondo mientras cae el telón.]

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Lámpara de petróleo encendida sobre la mesa. La luz del alba entra por la ventana. En el fondo derecha una cama provisional todavía hecha. Junto á la cama un baul-mundo.

ESCENA I.

ROBERTO sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Luego la *Sra. Heineke* con gorro de noche y basquiña de laus.

Sra. H. Buenos días, hijo mío. (*Roberto no responde.*) ¡Misericordia! Si no se ha acostado aún [Se acerca á él limpiándose los ojos.] ¡Robertino mío!

Rob. (*Alzando la cabeza.*) ¿Quién es?... ¿qué me quieren?

Hein. ¡Jesús, cómo grita! Te castañetean los dientes de frío. ¿Quieres café? (*Roberto mueve bruscamente la cabeza negando.*) Roberto, acepta un buen consejo de tu vieja madre. Aun cuando el hombre tenga penas, debe dormir porque el sueño da fuerzas al cuerpo. (*Apaga la lámpara.*)

Rob. ¡Madre, madre mía! .. ¿Qué es lo que ustedes han hecho?

Hein. (*Llorando.*) Nosotros no tenemos ninguna culpa, hijo mío...

Rob. ¿Ninguna culpa? Pero madre...

Hein. Yo la he educado honradamente: en esta casa no ha tenido ningún mal ejemplo; he

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Car. Como veis, en estos momentos atiendo á estos señores que me han venido á visitar... Dentro de una hora estaré á vuestra disposición.

Rob. [Con dignidad.] ¡Dentro de una hora, señor Mülling! [El Conde toma á Roberto del brazo y se van por el fondo mientras cae el telón.]

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Lámpara de petróleo encendida sobre la mesa. La luz del alba entra por la ventana. En el fondo derecha una cama provisional todavía hecha. Junto á la cama un baul-mundo.

ESCENA I.

ROBERTO sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Luego la Sra. Heineke con gorro de noche y basquiña de lanas.

Sra. H. Buenos días, hijo mío. (*Roberto no responde.*) ¡Misericordia! Si no se ha acostado aún [Se acerca á él limpiándose los ojos.] ¡Robertino mío!

Rob. (*Alzando la cabeza.*) ¿Quién es?... ¿qué me quieren?

Hein. ¡Jesús, cómo grita! Te castañetean los dientes de frío. ¿Quieres café? (*Roberto mueve bruscamente la cabeza negando.*) Roberto, acepta un buen consejo de tu vieja madre. Aun cuando el hombre tenga penas, debe dormir porque el sueño da fuerzas al cuerpo. (*Apaga la lámpara.*)

Rob. ¡Madre, madre mía! .. ¿Qué es lo que ustedes han hecho?

Hein. (*Llorando.*) Nosotros no tenemos ninguna culpa, hijo mío...

Rob. ¿Ninguna culpa? Pero madre...

Hein. Yo la he educado honradamente: en esta casa no ha tenido ningún mal ejemplo; he

tenido siempre cuidado de que fuera á la escuela, y hasta la he llevado á confirmar aunque esto no es cosa indispensable. Fué á la iglesia con un vestido nuevo de seda blanca, que yo misma le compré muy barato. Yo misma le puse en la mano mi pañuelo de boda, y el señor vicario le dijo un discurso tan conmovedor... tan conmovedor...

Rob. ¿Pero cómo has podido tolerar las relaciones con aquel hombre?

Hein. Puede ser que la cosa no haya sido aún tan fea.

Rob. ¿Y qué más pruebas quieres? ¿No me lo ha confesado él todo con franqueza? ¿Alma ha tratado acaso de negarlo? Y más todavía: he ido yo mismo ayer noche a casa de Micalski, y allí encontré todo arreglado perfectamente. Tu cara hija Gigia les ha dispuesto un nido secreto con alfombras, cortinas y lámpara opaca. Ella misma hacía de centinela á la puerta, porque para ello fué pagada. Ah... ah!... pagada! ¡Y el miserable estaba en mis manos!... Oh! si yo hubiera tenido valor para...

Hein. Pero Roberto...

Rob. Basta. Ha prometido una satisfacción. Al menos he obtenido esto. Ha comprendido que yo estaba resuelto á todo y me ha asegurado que hoy encontrará un modo de satisfacerme á todos. Yo pensé en el porvenir de esa pobre criatura... y lo dejé vivo.

Hein. Vamos! Yo no llegué á pensar en nada malo.

Rob. Debías haberlo pensado. ¿Pues qué te figurabas cuando en la noche, á hora avanzada él mismo venía á traerla á casa?

Hein. Yo pensaba que iría con él... como se usa aquí en Berlín, sin malicia alguna.

Rob. ¡No te entiendo!

Hein. Sí... como una buena muchacha va con un joven honrado.

Rob. ¿Va...? ¿Y á donde va?

Hein. Al concierto, ó á algun restaurant, y si el dinero alcanza también, al teatro, ó en verano al paseo, á cualquier jardín...

Rob. ¿Sin sus padres?

Hein. ¡Ciertamente! Qué diantre! Querías que tu madre con sus débiles piernas, se sofocase corriendo tras de los jóvenes?

Rob. ¡Hum!... tú sabías, pues, que ella... iba con él...

Hein. No; me lo figuraba solamente.

Rob. ¿Y por qué no la interrogabas?

Hein. ¿Y para qué? Palabrería inútil.—Una joven debe por sí misma saber lo que hace...

Rob. ¡Ya...! ¡ya!...

Hein. Pero de ella... ¡quién lo hubiera imaginado! ¡Jesús mío, cómo tiembles! Te volveré á calentar la habitación. (*Va á encender la estufa.*)

Rob. [*Para sí.*] Ninguna salida... ningún camino de salvación. La vergüenza, la vergüenza por toda la vida.

Hein. (*Hacia la cocina*) Heineke, traeme el carbón. (*Se inclina junto á la estufa á quitar la ceniza.*)

Rob. [*Para sí.*] ¿Qué clase de satisfacción habrá imaginado? ¿El matrimonio? Ah! pensándolo bien, no sé si debo desearlo. Como último recurso me queda un duelo: si él me mata será un bien para mí... ¿Pero qué será de ellos? (*Señala á su madre.*)

ESCENA II.

DICHOS y el VIEJO HEINEKE.

Viej. *(En ropa de casa, rota; con grandes zapatillas ordinarias. Está serio y lleva un cesto de cok.)*
Buenos días.

Rob. Buenos días, padre.

Viej. *(Con mal modo)* Ya ya!...

Hein. No regañes. Mejor ayúdame á encender el fuego.

Viej. Ya... ya... encender el fuego...

Rob. *(Para sí.)* Y si yo lo mato... Cierto que sería un consuelo; pero el problema queda en pié: ¿qué será de ellos? Temo que no pueda yo darme el lujo de tener cualquiera cosa que se parezca al honor *(Arroja un grito de dolor.)* ¡Cómo me han manchado!

Viej. ¿Te sientes mal Roberto?

Hein. *(Bajo al viejo.)* Por culpa de Alma ni siquiera se ha acostado.

Viej. Ya, ya... Alma... ¿Y para esto hemos llegado á viejos honradamente? Pero yo siempre lo he dicho: esa casa será nuestra ruina.

Hein. No llores, esposo mío... *(Se abrazan.)*

Viej. Oh! yo no lloro: soy el amo en mi casa: sé lo que debo hacer. ¡Un pobre inválido tiene también su honor! ¿Quién me lo quita? Mi hija? Ya lo veremos bien! *(Agitando en el aire la paleta.)* Yo la maldigo; pero también le daré mi bendición.

Hein. *(Llamándolo al orden.)* Eh! déjate de tontearías!

Viej. Ah! si... tú... qué entiendes tú de cosas del honor... *(Golpeándose el pecho.)* Debes saber que el honor está aquí. La echaré de casa; que pase la noche sobre la acera, en la calle.

Rob. Sí, para que se pierda por completo.

Hein. Déjalo hablar, dice eso, pero no lo piensa.

Rob. *(A su madre.)* ¿Quieres ir á ver qué hace Alma? Acaso teme presentarse aquí.

Hein. Estará durmiendo.

Rob. ¡Oh!

Hein. *(Asomándose al cuarto, que á ser posible debe verse.)* ¿No te decía yo que estaba durmiendo?

Rob. ¡Y ella puede dormir!

Hein. ¿Quieres levantarte por fin, mala criatura?

Viej. *(Por detrás de la espalda de su mujer.)* Fuera de la cama pronto, si no quieres que vaya á azotarte.

Rob. Padre, madre; una palabra antes que salga; no sean ustedes con ella demasiado severos; quizá podría eso volverla más obstinada.

Hein. Tú sabes más que tu vieja madre, hijo mío; pero de esto yo entiendo más que tú. La tendré como en una casa de corrección, aunque el corazón se me parta. Dará lustre al calzado; pelará las patatas, barrerá los suelos, fregará los platos... todo lo hará.

Rob. ¿Y si á buena hora se escapa?

Viej. ¡Bah! Yo la pondré bajo llave, y la llave en mi cuarto, debajo de mi almohada. Veremos, veremos, cómo se escapa.

Rob. Reflexionemos que es todavía casi una niña, y otros son más culpables que ella. Su hermana, sobre todo. Ah! si quieren ustedes ser severos, seánlo con aquella encubridora. Yo espero y aun pudiera exigirlo de ustedes, que alejen para siempre á Alma de la influencia de su hermana; que cierren la puerta de casa á Gigia y á su marido.

Viej. Eso, bien dicho. Barramos á toda esa cuadrilla de bandidos. Micalski se ha burlado ya bastante de mí. ¿Lo ves, eh, mujer? Era

necesario que Roberto viniese de la India á decirlo. Pero ya; ustedes no tienen corazón para mí, pobre viejo honrado.

Rob. Perdona, pero ahora no se trata de tí.

Viej. Es igual. Y Gígia es una gorróna. Todo cuanto puede atrapar lo mete en la alforja.

Hein. [*Enjugándose los ojos con el delantal.*] Pero también es mía, y yo quiero igualmente á todos mis hijos.

Rob. ¿Aun cuando no sean dignos de tu cariño?

Hein. Entonces más que nunca.

Rob. Silencio.

ESCENA III.

DICHOS, ALMA.

(Alma en ropa de noche. Basquiña blanca suelta. Suelto también el cabello sobre la espalda. Aparece vacilante en la puerta y ve con incertidumbre á un lado y otro.)

Viej. ¡Oígal (*Mal modo.*)

Hein. (*Juntando las manos.*) ¡Hija mial hija mial! ¿esta es nuestra recompensa? ¿No te hemos dado siempre buenos consejos? ¿No te he tratado como á una princesa...? Pero ahora todo eso se acabó. ¿Qué haces ahí...? A tomar la escoba y á barrer la pieza. [*Alma alzando los brazos como quien teme que le golpeen retrocede arrastrando los piés, y va hacia la cocina.*]

Viej. [*Exitado anda por la escena y golpea el suelo con el pié.*] Yo soy su viejo padre, le diré. Yo te he traído al mundo... Es claro... ¡yo soy un viejo honrado! (*Alma vuelve con la escoba y la vasija para la basura.*)

Rob. (*Para sí.*) Pobrecilla!... parece arrepentida. ¡Y ella ha podido...!

Hein. ¡A la obra!

Viej. [*Solemne.*] Alma, ven acá. (*Alma vacila.*) Más cerca.

Alma ¡Perdona, perdona! No me pegues.

Viej. Pegarte, sería poco... Yo soy un viejo honrado, sí. El honor está aquí. [*Golpeándose el pecho.*] ¿Sabes lo que yo te daré ahora? Mi maldición: eso te daré. ¿Eh? ¿qué dices, eh?

Alma (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Oh! déjame en paz.

Viej. ¿Quieres todavía desafiarme?... Pero yo te enseñaré á conocerme!

Hein. Estate callado, Heineke. Déjala que trabaje.

Viej. ¿Cómo? Ni siquiera me será permitido maldecir á mi prole desnaturalizada?

Hein. Quita de aquí... Esas son cosas que sólo se leen en los libros.

Rob. Queridos padres, así no se puede seguir. Háganme ustedes el favor de dejarme un momento solo con ella, y de vestirse entretanto, pues creo que tendremos una visita.

Hein. Ven, Heineke, salgamos.

Viej. ¿No me será permitido... á esta desvergonzada criatura... oh! y verás... ya verás!... [*Su mujer lo arrastra consigo y salen.*]

Rob. (*Para sí.*) Ahora sabré lo que es ella y lo que debo hacer. [*Alto con dulzura*] Hermana, ven junto á mí.

Alma Mi madre me ha mandado que barra la pieza.

Rob. No hay prisa. (*La toma la mano; ella retrocede con temor.*) No tengas miedo; yo no quieró pegarte ni maldecirte. Sólo quiero decirte que desde hoy tendrás un buen amigo que cuidará de tí, fiel é indulgente.

Alma ¡Tú eres muy bueno, muy bueno! (*Cae á sus piés sollozando.*)

Rob. Vamos, no estés de rodillas; siéntate aquí en el escabel [*El se sienta en el sillón.*] Así, alza la cabeza para que yo pueda verte en los ojos... ¿No quieres? (*Trata de levantarle con suavidad la cabeza; ella resiste y la apoya sobre las rodillas de su hermano.*) Bueno, no he de obligarte; llora cuanto quieras, que tampoco te alejaré de mi lado. Aun tienes que llorar muchos días y muchas noches cuando sepas bien lo que han hecho de tí. Dime: ¿comprendes que toda tu existencia futura debe pertenecer al arrepentimiento?

Alma Sí, lo comprendo.

Rob. [*Tomándole la cabeza entre sus manos.*] Sí, sí, hermana. Durante diez años edificué por tí en aquellos lejanos países, las más bellas esperanzas de dicha, y ahora no bastarían veinte para hacer olvidar esta desgracia.

Alma ¡Pero de aquí á veinte años ya estaré vieja!

Rob. ¡Vieja! Qué importa eso para nosotros! Ya ves, ni aun ahora gozamos de juventud.

Alma Oh! Dios mío!

Rob. (*Levántase de pronto agitado.*) No temas nada; estaremos juntos. Nos encogeremos en un rincón, como las bestias á las cuales se da caza. Eso es lo que somos. Se han divertido en darnos caza y nos han herido en el corazón. (*Alma cae con el rostro sobre el sillón vacío.*) Ya ves... solamente uno á otro podemos curarnos los dos. [*Para sí.*] ¡Qué postrada está!... ¡Oh! Dios mío! Ahora veo más claro lo que debo hacer. *El* no puede devolverme el alma hermosa que fué arrastrada por el fango, y ya no necesito de otra explicación. ¡Alma?

Alma (*Incorporándose.*) ¿Qué quieres?

Rob. ¿Lo amas mucho?

Alma ¿A quién?

Rob. ¿Cómo á quién? ¡A el!

Alma [*Indiferente.*] ¡Oh, sí!

Rob. Y si lo perdieras para siempre, ¿sientes que te morirías?

Alma ¡Oh, no!

Rob. Así vamos bien! Armate de valor. Se aprende á olvidar... ¡Vaya si se aprende! [*Se sienta*] Ante todo empezará de nuevo á trabajar. Se entiende, por supuesto, que la música y las canciones han terminado. Tú eras costurera: ejercerás otra vez tu oficio; pero no volverás á aquel taller donde la culpa se aprendía con los malos ejemplos.

Alma ¡Ah, sí! Si tú supieras, las muchachas, cuán malas son!...

Rob. Nadie debe arrojar la piedra á otros y tú menos que nadie. Ignoro aún á donde iremos á establecernos. No quisiera hacer viajar á nuestros ancianos padres, pero al cabo no habrá más que hacer sino llevarlos conmigo. Poco importa dónde, con tal que sea muy lejos, muy lejos, donde tú no pertenezcas más que mí. A mí y al trabajo, porque, creelo: el sentirse causado por el trabajo, forma ya buena parte de la felicidad. Nuestros padres vivirán con nosotros; tú me ayudarás á cuidarlos. A más del trabajo de modista, te ocuparás en el de la ropa blanca y en el de la cocina. Atenderás á los dos pobres ancianos y soportarás sus debilidades. ¿No es cierto?

Alma Si tú lo quieres....

Rob. No, es necesario que tú seas quien lo quieras y de buena voluntad; de otro modo para nada bueno te valdrá. Responde, pues, de nuevo. ¿Quieres hacerlo?

- Alma* Si; si quiero hacerlo todo, desde mañana.
- Rob.* ¡Así, muy bien!... Pero dime: ¿por qué desde mañana y no desde hoy mismo?
- Alma* Porque hoy todavía...
- Rob.* ¿Todavía qué?
- Alma* ¡Oh, perdóname, perdóname, pero....
- Rob.* [*Amable.*] Vamos, dí lo que quieras.
- Alma* Quisiera... me gustaría tanto ir esta noche todavía, por última vez al baile de máscaras! (*Pausa. Roberto se levanta y pasea por la escena. Alma se levanta a su vez tras un instante de indecisión.*) ¿Sí? ¿me lo permites?
- Rob.* Llama á nuestros padres.
- Alma* Conque no me lo permites. (*Lloriqueando.*) Ni siquiera esto; ni por despedida quieres concederme una pequeña distracción?
- Rob.* ¿Pero sabes lo que estás diciendo?...
- Alma* (*Terca, revelando su carácter.*) Sí, sé bien lo que me digo, lo sé; no creas que soy tan torpe. Ya conozco la vida. ¿A qué viene tanto ruido por tan poco? ¿No es una verdadera estupidez estarse uno aquí encerrada sin objeto? Ni sol, ni luna entran en este lugarajo; y en derredor no se oyen más que chismes y palabrotas. Aquí no hay quien entienda de educación... Mi padre me regaña, mi madre me regaña; y luego hay que coser, hasta que sangran los dedos, para ganarse medio marco al día, que no alcanza ni para el petróleo. Y es una joven y bonita y tiene gana de estar alegre, de vertirse bien y de entrar en otra esfera; porque yo siempre he aspirado á lugar más alto. Sí, siento esos deseos porque yo he leído muchas cosas en los libros. ¿Casarse? ¡Muy bueno! ¿Y con quién? ¡Santo Dios! Alguno del populacho... de aquellos que trabajan allá dentro

- en la fábrica... ¡No, no quiero! Esos no hacen más que beberse la paga y pegarles á sus mujeres... Quiero un hombre distinto de todo eso, y si no puedo tenerlo así, no quiero ninguno. Carlos ha sido siempre cortés conmigo. Con él no he aprendido palabras indecentes... esas las he aprendido aquí, en casa... y quiero salir de este rincón... y... y no necesito de tí, ni de tu vigilancia. Una muchacha como yo, no se deja hundir tan fácilmente...
- Rob.* [*Intenta arrojarse sobre ella, pero se contiene.*] Llama á nuestros padres...
- Alma* Y ahora preguntaré á mi padre si no puedo... (*Roberto se acerca á ella amenazador.*) Ya voy... ya voy... (*Vase.*)
- Rob.* ¡Ah! ¿Conque esto es mi hermana?... ¡Y yo soy un loco sentimental ridículo! He principiado por querer cubrir de melancólica poesía semejante bajeza! Eso no puede ser fruto solamente de la seducción. Eso lo tenía ya en la sangre.—Y ahora es preciso obrar sin necias debilidades; brutalmente si es necesario. De otra manera, todo está perdido.

ESCENA IV.

ROBERTO, los esposos HEINEKE, ALMA empujada por su madre.

- Viej.* [*Con la boca llena.*] ¡Qué descaro!
- Hein.* Los bailes cuestan dinero. Ahora se queda usted en su casa.
- Viej.* ¿Has merecido ó no has merecido mi maldición?
- Rob.* Alma, sal de aquí. Tengo que hablar con nuestros padres,

Hein. No andes así descubierta: anda á ponerte un vestido: aquel gris, que ya está remendado.

Alma ¿Aquel tan viejo?

Viej. ¡Fuera de aquí!

Hein. Y no tomarás café... Vamos; basta de lloriqueos. [*Bajo.*] Está sobre la hornilla. Anda á tomarlo. [*Vase Alma.*]

Rob. Padres míos: no tomen ustedes á mal mis palabras. Yo debo... debe hacerse en el sistema de vida de ustedes un cambio completo, y se hará.

Viej. ¿Qué cosa te ocurre ahora?

Rob. Me he convencido de que Alma se perderá sin remedio, si no se la pone donde no tenga ni la posibilidad de volver á su vida pasada. ¿Pero qué será de ustedes? No pueden permanecer aquí sin ser víctimas de la rapacidad de los Micalski. En una palabra, deben ustedes venirse conmigo.

Hein. ¿A las Indias?

Rob. Poco importa á dónde: si es preciso, sí, hasta las Indias. La influencia de Trast es grande y estamos en el caso de poder elegir.

Viej. Pues si hay que marchar, marchemos pronto, aunque sea á las Indias.

Hein. Ay! á mí se me parte la cabeza de pensarlo.

Rob. Será penoso al principio, lo comprendo, pero no hay que figurárselo tanto. Al fin de cuentas, se vive en los trópicos tan bien como aquí ó mejor. Tendrán ustedes criados de sobra.

Viej. ¡Diantre, diantre!

Rob. Tendrán su casa...

Viej. ¿Con palmeras?

Rob. Todas cuantas quieran.

Hein. Y los más hermosos frutos para cogerlos de los árboles, ¿verdad? ¿Y no cuestan nada?

Rob. Casi nada.

Viej. ¿Y papagayos y monos como en el jardín zoológico?

Rob. Así, pues, ¿consienten los dos?

Hein. Será como tú quieras, esposo.

Viej. Pues bien, sea. Te acompañaremos.

Rob. Gracias, gracias. (*Aparte.*) Loado sea Dios que no he tenido que insistir mucho. (*Alto.*) Y ahora no perdamos tiempo. ¿Dónde hay papel y tinta? (*El viejo se rasca la cabeza.*)

Hein. Estarán en el cuarto de Alma. (*Vase.*)

Viej. Seguro: ella escribe siempre cartas. (*Cerrando la puertecilla de la estufa.*)

Rob. (*Aparte suspirando.*) Ah! ahora tengo doble curiosidad por conocer la famosa satisfacción que se me ofrecerá y que yo rehusaré, lo mismo que el duelo: Me llamarán vil y sin honor bueno. Tengo que procurarme el pan para mi familia.

Hein. (*Volviendo.*) Allá dentro, sobre la mesita está todo dispuesto. ¿O lo quieres aquí?

Rob. No, no, allá estaré más tranquilo

Hein. Se te nota el cansancio. Deberías reposar una horita.

Rob. (*Negando con la cabeza.*) Si el Sr. Mülling, hijo, envía recado ó se digna venir en persona, avisenme ustedes. (*Vase.*)

Hein. (*Dejándose caer sobre la silla.*) ¡A las Indias!

Viej. Arrastrarnos, pobres viejos, por todo el mundo....

Hein. [*Indicando la ventana.*] ¡Ay, Jesús mío!

Viej. ¿Qué pasa?

Hein. ¡Los Micalski!

Viej. ¡Ellos! [*Abotonándose el vestido.*] ¡Que se me pongan delante!...

Los dos [*Al oír que llaman.*] Adelante.

ESCENA V.

DICHOS, GIGIA, MICALSKI con un lío.

Mic. ¡Hola!

Hein. (Haciendo signo de callarse.) Chisst...

Viej. [Amenazando con el puño.] ¡Buenas cabezas son ustedes! ¡Fuera!

Gigia (Sentándose.) Está bastante fresca la mañana.

Mic. (Se sienta y desenvuelve una botella.) Te traigo esto, suegro. ¡Cosa exquisita! Ve á traer el tirabuzón!

Hein. Eso será otra vez... ¡No ven ustedes que ahora debemos decirles que se vayan?

Gigia ¡De orden de quién?

Hein. De Roberto!

Gigia Cómo! En su propia casa hay quien mande más que ustedes?

Viej. (Bajo.) Chisst..... está ahí en el cuartito.

Gigia (Con lástima.) ¡Pobre papá. Tiembla de miedo...

Mic. Imponer miedo á estos buenos ancianos... ¡Vaya un facineroso!

Hein. No es un facineroso: es un buen hijo que cuida de nosotros.

Viej. Y tanto que quiere llevarnos á la India.

Gig. y Mic. ¡Qué? ¿A dónde?

Hein. A la India.

Gigia ¡Y por qué?

Hein. Pues... porque Alma quería ir al baile de máscaras.

Mic. Está loco!

Hein. Abandonar miserablemente estos pocos muebles que han alegrado tanto nuestra casa...

Gigia (Sentimental.) Y abandonarme también... ¡pobrecita de mí!—¿Los venderán ustedes?

Hein. ¿Los muebles? Es natural.

Gigia ¡También el espejo y los sillones? (La madre conmovida afirma con la cabeza.) Yo, en lugar de ustedes los dejaría como recuerdo á la hija que se queda, en vez de malbaratarlos por un pedazo de pan. Así, al menos, sabría que contaba con agradecimiento.

Hein. (Al viejo, mirando desconfiadamente á su hija de arriba á abajo.) ¡La oyes? Quiere ya nuestros sillones!

Gigia [Cambiano de táctica.] O si más bien quieren venderlos, siempre nosotros ofreceremos mayor precio, para que queden en familia.

Viej. Pero por ahora estamos aquí todavía.

Mic. Yo, en lugar de ustedes.....

Hein. ¡Qué hemos de hacer? Ahora dependemos absolutamente de él. Tenemos que hacer lo que él quiera; de lo contrario, quedaríamos pesando sobre ustedes,

Gigia ¡Bravo! Cuando ni para comer nosotros tenemos. [Llaman.]

ESCENA VI.

DICHOS, el COMENDADOR MÜLLING, á cuya llegada todos quedan sorprendidos.

Müll. Salud, buena gente. ¿Está aquí vuestro hijo?

Viej. (Inclinándose.) Ah, sí, señor.

Hein. (Abriendo la puerta respectiva.) Roberto! [Tiernamente.] ¡Jesús! Si se durmió sentado. Debeis saber que no ha cerrado los ojos en toda la noche. Querido Roberto, el señor Comendador... Duerme profundamente.

Müll [Bonachonamente.] Tanto mejor: no lo despertemos.

Viej. Cierra la puerta.

Hein. Es que él nos había dicho...

Viej. Ha dicho: "si viene el joven señor Mülling." (Cierra.)

Gig. (A su esposo, haciendo seña de quien cuenta dinero.) Atención.

Müll. [Que ha mirado hacia todos lados.] Hay aquí apariencias de comodidad.

Viej. [Con énfasis.] Nos favoreceis, señor Comendador. [Ofreciéndole asiento.] Aquí, en el sillón.

Müll. ¡Hola! ¡hola! Seda tenemos.

Hein. Cierto. Pura seda.

Müll. Un estimado regalo. ¿No es cierto?

Hein. [Vacilando.] Sí... Como quien dice...

Müll. (Como distraído.) ¿De mi hijo?

Viej. Seguramente.

Hein. [Bajo al marido.] Chisst... (Tapándole la boca.)

Müll. (Ap.) Bribón, (Alto.) A propósito, vuestro hijo no ha procedido muy convenientemente para con el mío. Con franqueza, esperaba de él muy distintas muestras de gratitud. Podeis comunicarle que queda libre, y que á eso de las cuatro aguardo sus cuentas.

Hein. Va á tener un verdadero pesar.

Viej. Sí, porque quiere como á un padre al señor Comendador.

Müll. ¡Ah! ¿sí? me alegro de ello! Pero yo no venía á esto, buenas gentes. ¿Teneis una hija?

Gig. (Adelantándose.) A vuestras órdenes.

Müll. ¿Qué cosa quereis vos?

Gig. (Obsequiosa.) Soy yo la hija.

Müll. ¿De veras? ¡Bravo, bravo! Pero no creo referirme á vos: la señorita se llama Alma.

Hein. Justamente; y no miento al asegurar que es una guapa chica.

Viej. Y de mucho talento. Ahora estudia el canto.

Müll. ¡Oh! siempre satisface oír que los hijos pro-

porcionan consuelos á sus padres. Lo único que no me agrada es que vuestra querida hija se haya valido de la hospitalidad que hace diez y siete años os doy en mi casa, para entrar en relaciones amorosas con mi hijo. Francamente, no lo hubiera esperado.

Hein. Pero, señor Comendador...

Müll. Deseo que se rompa toda relación entre vuestra casa y la mía y por vía de compensación os ofrezco una suma que el buen señor Heineke dividirá con su hija Alma, de suerte que la mitad le toque á ella, en calidad de dote, el día en que encuentre algún hombre que... (Sonriendo.) que quiera hacerla su esposa. Creo que me comprendeis. Hasta ese día los frutos dotales serán vuestros. ¿Estamos conformes?

Gig. [Bajo á espaldas de su padre.] Dí, dí que sí...

Viej. Yo... yo...

Müll. He calculado una suma extraordinariamente alta á fin de rescatar una promesa inconsiderada que vuestro hijo ha sabido arrancar al mío. Asciede la cantidad á... (Dudando.) á cincuenta mil marcos.

Viej. (Grito de sorpresa.) ¡Jesús!... Señor Comendador... ¿hablais seriamente?

Hein. Yo me siento mala... (Cae sobre una silla. Gigia acude á socorrerla.)

Müll. [Para sí] He tasado un poco alto. (Alto.) Conque, os pregunto de nuevo, si quedariais contentos con cuarenta mil marcos?

Mic. Me parece que se había dicho...

Gig. (Bajo á su padre.) Dí que sí pronto; si no, baja más.

Viej. No puedo creerlo, señor Comendador. Cuarenta mil marcos... Tanto dinero para nosotros. Son bromas; lo veo bien claro.

Mull. Os daré un cheque para que lo cobreis en mi caja.

Viej. Y el señor cajero ¿no dirá: pongan en la puerta á ese viejo necio? ¡Oh! es muy duro con las pobres gentes como nosotros el señor cajero.

Mull. *(Saca un libro de cheques, escribe una cifra, desprende la hoja y la da al viejo. Todos observan atentamente.)* Helo aquí.

Viej. Cuarenta mil. Es mucha generosidad, señor Comendador. Vuestra mano...

Mull. *(Metiendo la mano en el bolsillo del paletot.)* Una palabra aún. Mañana por la tarde deben ser cambiados de aquí vuestros muebles; en dos horas me hareis el favor de dejar mi casa, y después no volveré á oír hablar de vosotros.

Viej. No hay más que decir, señor Comendador, no hay más que decir... Si es que la visita de un viejo honrado no es molesta, me proporcionaré de tarde en tarde ese placer. Es bien sabido que yo soy un buen viejo.

Mull. Sí, sí, es natural. Adiós, buena gente. *(Aparte al salir.)* ¡Bellacos! *(Vase.)*

Viej. ¡Esposa mía: cuarenta mil... *[Micalski trata de abrazarlo.]* ¡Dos dedos más léjos, hijo mío! *(Busca en el bolsillo, saca un pañuelo, lo extiende sobre las rodillas, pone en medio el cheque, lo envuelve con cuidado y se lo mete en la bolsa de pecho.)* Así. Ahora te permito abrazarme.

Hein. Me voy á enfermar de alegría. *(Se abrazan llorando.)* Cuando pienso que ya no iré á la compra sin dinero; que si tengo frío podré encender un gran fuego por la tarde en la estufa, sin pensar en el gasto; y que podremos comer carne...

Viej. Y yo podré pasear en el tranvía cuanto quiera.

Mic. Eso: cuatrocientas mil carreras á diez *fenics* cada una.

Hein. Y me compraré el sofá.

Gig. Ahora ya no irán ustedes á la India.

Hein. } Qué habíamos de ir!

Viej. } Estás loca.

Gig. ¿Y que dirá su señoría el caballero Roberto?

Hein. *(Alegre.)* Ah! Roberto! *(Yendo hacia la habitación.)*

Gig. *(Deteniéndola)* Te aconsejo que lo dejes dormir. Cuanto más tarde lo sepa, mejor.

Hein. *(Asustada.)* ¿Qué quieres decir?

Viej. *(Tirando del vestido á su mujer y señalando la puerta de la cocina.)* Oye, ¿y aquella pobrecita que está allí?

Hein. ¡Oh! mi querida niña.....

Viej. *[Con misterio.]* Démosle una sorpresa, chissst. *(En silencio y de puntillas van todos hacia la cocina. El viejo, que les precede, empuja la puerta; se oye un grito; el viejo retrocede.)* Mujer, ¿qué es eso ahora?

Hein. *(Con las manos en la cabeza.)* ¡Jesús de mi alma!

Mic. *(Viendo por sobre la espalda de los otros.)* ¡Caracoles!

Viej. *(Con fingida seriedad á Alma.)* Vamos, ven aquí luego.

Alma. *(Dentro.)* ¡Oh! por favor, déjenme ustedes.

Viej. Ven pronto, te digo.

ESCENA VII

DICHOS, ALMA. Esta vestida á la indiana, oculta el rostro avergonzada; todos ríen por lo bajo, lanzando exclamaciones de admiración y la rodean.)

Gig. *(Tocando la tela.)* La tela es india.

Mic. De la princesa que se quedó desnuda.

- Alma* Solamente... quise probármelo. (*Con temor.*)
Me lo quitaré luego.
- Hein.* [*Acariciándola.*] ¡Oh, Dios mío, parece un angelito!
- Alma* Luego, no están enojados conmigo?
- Viej.* Enojados. Pero queremos perdonarte. [*A los demás*] ¿Qué dicen ustedes, eh?
- Hein.* (*Acariciándole los cabellos la conduce á la derecha.*) Ven, ven á sentarte. [*Alma va á sentarse.*] No, aquí en el sillón.
- Alma* En el sí... ¿pero qué ha sucedido?
- Viej.* ¡Jé, jé! (*Todos la rodean alegres y se sientan*)
- Alma* Entonces... ¿podré ir al baile esta noche?
- Viej.* Sí, podrás ir al baile.
- Gig.* (*Irónica.*) ¡Pobre chiquilla!
- Viej.* (*Levantándose.*) Pero ahora debo ir pronto á la caja.
- Mic.* (*Destapando la botella.*) Espera. Una buena fortuna debe remojarse para que dure. Alma, ve á traer unas copitas.
- Hein.* (*Levantándose.*) Déjala sentada, pobrecita, yo iré. (*Va al armario y saca un servicio de licores. Aparte á Gigia.*) ¿Qué decías hace poco de Roberto?
- Gig.* Ya lo verás.
- Hein.* No puede ser que envidie la fortuna de sus pobres padres.
- Mic.* [*Canta con la música del coro de I MASNADIERI, alzando la copa.*] "Beviam del vino, beviam."
- Hein.* Silencio, por favor. (*Se oye en la habitación de Roberto el ruido de una silla derribada.*)
- Mic.* Señores: os invito á beber á la salud de la señorita Alma, nuestra buena Hada, y á la prosperidad de la casa que siempre se ha mostrado generosa. ¡Viva la casa Mülling!
- Todos* ¡Viva!

ESCENA VIII.

- * DICHOS, ROBERTO que á las últimas palabras aparece en la puerta.
- Hein.* (*Asustada.*) ¡Ya está aquí! (*Silencio y embarazo general.*)
- Mic.* (*Con insolencia.*) Salud, cuñado.
- Rob.* ¿Quieres explicarme, madre mía, cómo es que estas dos personas se encuentran en nuestra casa?
- Mic.* Oh! oh!
- Viej.* Vaya, no seas tan caviloso.
- Hein.* (*Acercándose á Roberto.*) Roberto mío, no debe uno ser tan soberbio, y mucho menos contra la propia familia.
- Rob.* Hum... Alma, ¿qué es esto? ¿Quién te ha permitido...?
- Viej.* Sábelo de una vez: no cuentes con que yo vaya á la India. Prefiero disfrutar de mi fortuna en Alemania.
- Rob.* (*Sorprendido.*) ¿Pero qué ha pasado aquí?
- Hein.* Habla tú, Heineke. á tí te han dado el papel.
- Rob.* ¿Qué papel?
- Viej.* (*Reposadamente.*) Hijo mío: muchas veces no se conoce por el aspecto la importancia del individuo; la lleva, como quien dice, por dentro. Por lo mismo hay que tratarle con miramiento, porque no se puede saber lo que haya oculto bajo un traje modesto. Yo no tengo abrigos de castor, pero... quién sabe...
- Rob.* ¿Me explicarás al fin...?
- Viej.* No, no hay mucho que explicar. No me veas de ese modo. ¿Sabes tú, por qué me ve así, mujer? Ahora ya no tengo necesidad de sufrirte.

Hein. Pero explicale, entonces....

Viej. Entonces, como tú dices, es muy sencillo: El señor Comendador ha estado aquí.

Rob. ¿El? ¿Y por qué no me han llamado ustedes?

Viej. En primer lugar, porque no era el joven señor Mülling; cuando venga tu amigo podrás recibirlo tú. El viejo señor Mülling es mi amigo: hemos quedado en visitarnos mañana ó pasado. En segundo lugar, porque yo ya no dejo que me mande mi hijo, ¿eh? has entendido?

Hein. Pero, Heineke...

Viej. No me interrumpas cuando dirijo amonestaciones paternales á mi hijo. Ahora no permito más que se juegue conmigo.

Mic. (Al viejo aparte.) ¡Bravo! así vamos bien.

Rob. ¿Se ha hablado de Alma?

Viej. Primero se ha hablado de tí. Estás despedido de tu empleo... por tu conducta inconveniente... Con franqueza: me hubiera esperado de tí otra recompensa.

Rob. ¿Tú?

Viej. [Severo.] Sí, yo; tu viejo y honrado padre! No me gusta que mis hijos vaguen por el mundo como empleadillos cesantes. Y á las cuatro de la tarde tienes que ir á entregar cuentas, si no quieres pasarlo mal.

Rob. [Está á punto de estallar, pero se contiene.] Hablemos de Alma... ¿El te ha ofrecido una reparación?

Viej. Naturalmente; la más completa.

Rob. (Vacilando, como si temiera decir una necedad.) Acaso... ¿el matrimonio?

Viej. ¿Qué matrimonio?

Rob. Entre su hijo... y...

Viej. Pero tú estás loco.

Rob. (Con ansiedad.) Entonces, ¿cuál otra?

Viej. [Como bromeando, al oído de Roberto.] Cuarenta mil marcos completos. (Alto.) ¡Qué generoso! ¿eh?

Rob. (Lanzando un grito.) ¿Dinero!

Hein. [Con espanto.] ¡Jesús! Ya me lo imaginaba!

Rob. ¿Dinero?

Viej. Ya lo creo... y está aquí, como si fuera constante y sonante.

Rob. ¿Cómo! ¿Y tú has aceptado?

Viej. (Maravillado.) ¿Pues cómo no?

Rob. ¿El te ha ofrecido dinero, y tú has aceptado? (Fuera de sí se lanza sobre su padre.)

Mic. [Yendo rápido tras de Roberto.] Te aconsejo que dejes en paz a este anciano.

Rob. [Sin atender á Micalski, retrocede vacilante.] Madre mía, ¿conque han aceptado ustedes?

Hein. (Juntanda las manos.) ¡Somos gentes pobres, hijo mio! (Roberto cae sobre un banco, riendo convulsivamente. Gigia y Micalski muy sollicitas junto al viejo. Alma está sentada sobre el sillón, sonriendo, con las manos juntas sobre las rodillas. La Sra. Heineke continúa aparte.)

¡Dios nos ayude! Se ha vuelto loco! [Tocando en el hombro á Roberto.] Hijo mio, acepta una buena advertencia de tu vieja madre: no se debe pisotear la fortuna, porque el orgullo muere sobre la paja.

Rob. ¿Ese no sería el peor de los males, madre mía!... Sobre la paja, sobre el empedrado de la calle quiero morir... quiero reventar como un perro... pero devuelvan ustedes ese dinero!... [Transición.] Oiganme ustedes; quiero hablarles tranquilamente, perfectamente tranquilo, en calma, razonable. Quiero probarles con claridad que deben hacer lo que yo digo. Aquéllos nos han deshonra-

do.....es cierto... pero nosotros no teníamos la culpa; á nadie debíamos temer. Le pueden robar á uno el honor, como se roba la cartera; contra eso no hay defensa. Pero si recibimos dinero en pago de ese poco honor que decíamos tener, entonces eso significa que nunca habíamos tenido tal honor y que sólo nos dan lo que merecemos. *(El viejo se vuelve hacia Micalski, quien con el dedo sobre la frente indicu que Roberto está loco.)* ¡Dios mío! Si yo lo comprendo todo: No es que quiera precisamente hacerles á ustedes reproches, no. Son pobres... siempre lo han sido. Una vida esclava y miserable, el temor de no poder procurarse el sustento arruinan el juicio y la dignidad...y ahora se dejan ustedes deslumbrar por un puñado de oro! Pero créanme: no experimentarán ninguna felicidad, ni les quedará otra cosa que la nausea y el disgusto. *(Como sofocado.)* Ah! la nausea...la nausea me sofoca. *(Cae sobre la silla)*

Hein. Me hace ponérseme carne de gallina.

Viej. ¡Y es éste mi hijo! *(Volviéndose á los otros.)*

Rob. No crean ustedes que quiero perjudicarles. Oiganme: yo he aprendido algo, ¿no es verdad? Estoy robusto; no soy un sér debilitado. Pueden fiar á [mí tranquilamente los años que les queden de vida. Si yo no quiero más que trabajar para ustedes, hacerlos ricos... sí, ricos... Hagan de mí lo que quieran; seré su esclavo; su bestia de carga.... pero devuelvanjese dinero!

Viej. Todo eso estará muy bueno; pero vale más una gallina hoy, que... ¿eh?... eso es. Me parece...

Mic. Dice bien el padre.

Viej. Claro que digo bien. Conque, hijo mío, tú to quedas muy tranquilo con tu huevo... y yo con mi gallina; y voy cuanto antes á convertirla en dinero.

Mic. ¡Bravo!

Rob. ¡Y tú, madre? *(Vuelve el rostro á otro lado.)* ¡También tú! Dios mío, ¿qué más puedo intentar?... Alma, se trata de tí; quiero pedirte perdón por todo; pero ayúdame. *(La toma de la mano; ella resiste, y él la trae á su pesar al medio de la escena.)* Tú te has dado. Pues bien, sea, admitamos que puedas tener derecho para darte; pero no lo tienes para venderte; tu amor no está disponible para llevarle al mercado! Alma, dícelos tú á ellos!

Alma ¡Oh! déjame en paz!

Mic. Le va á romper los brazos á la pobrecita.

Alma ¡Oh, tú no tienes derecho para mandarme. *(Desprendiéndose.)*

Rob. ¡Hermana!...

Alma Y para que lo sepas: iré al baile de máscaras; pregúntaselo á mi madre.

Rob. ¡¡Madre!!

Hein. Pero ¿por qué la pobre no habia de gozar ese pequeño placer?

Rob. ¿Conque hemos llegado á ese punto?

Mic. *[Sentándose en el sillón].* Eso es: hasta ese punto!

Rob. ¡Ah! bellaco, encubridor, levántate! *[Micalski no se mueve. Roberto coge con violencia el sillón por el respaldo.]* ¡Pronto, digo, y fuera.... fuera de aquí los dos!...

Mic. Alto allá; no aguanto molestia de nadie. *(Amenazador.)*

Rob. *(Que tiene firme la silla)* ¡Ay de tí, si te me atreves!

Hein. (Interponiéndose.) Acabarás por romperme el sillón.

Rob. ¡Ah, ya! Viene de la casa Mülling...

Hein. Naturalmente.

Rob. Del apreciable Carlos, ¿no es cirrto?

Hein. Sí, sí,

Rob. (Ferozmente.) Pues ahí la tienes! (La arroja furioso conrra el suelo. La silla se hace pedazos).

Hein. (Llorando.) ¡Mi precioso sillón!... [Recoge los pedazos y los lleva á la derecha. Luego cae sobre el banco.]

Viej. ¡Oh! La cosa se va poniendo pesada (Yendo á la derecha.)

Rob. (Cerrándole el paso.) ¡Devolveaás el dinero de la infamia, sí, ó no?

Viej. Eso ni siquiera me pasa por la imaginación.

Rob. En eso caso he terminado contigo; y contigo también, madre. Si vine, pues, al mundo, recibiendo desde al nacer la marca de la vileza, bien está. Pero si era preciso que yo llegara á esto, ¿por qué no me dejaron siempre en el fango en que nací y en el cual he de revolcarme toda la vida, porque mi cara familia así lo quiere?

Gigia. ¿Lo oyes madre? Y éste fué siempre tu preferido...

Rob. No, madre mía! No me escuches! [Acercándose á ella de rodillas.] No he dicho nada! Si dije algo, es que estaba loco. Madre, ten piedad de mí, podemos salvarnos los dos. Ven conmigo! [Ella no lo atiende, y él en un arranque de furor, se vuelve hacia la pared.]

Hein. (Llorando.) Pero tú, con tu ciego furor quieres también romperme el espejo...

Rob. (Con dolor.) ¡Ay, hablamos dos idiomas distintos, y no podemos entendernos!

Mic. (Que ha hablado aparte con el viejo, coge con fuerza á Roberto por los hombros.) Ehl ya has hecho mucho rato el bravucón. Basta ya. Fuera!

Rob. [Repeliéndolo.] ¡Atrás! [Ve á su padre y á su hermana que le rodean; lanza un grito de cólera y prorrumpe en una carcajada convulsiva.] Ah! entiendo: se me arroja de aquí...

Mic. (Abriendo de par en par la puerta izquierda.) ¡Fuera!

ESCENA IX.

DICHOS. el CONDE TRAST.

Conde (Al abrirse la puerta, aparece en el umbral y toca ligeramente en la espalda á Micalski.) Muchas gracias por la amable acogida.

Rob. (Al verle arroja un grito, y yendo á su encuentro, con los brazos extendidos le impide la entrada.) ¿Qué buscas aquí? Esta es una cloaca... ¿sabes tú lo que somos nosotros? ..Estamos de venta.. Somos para el que ofrezca más. ¡Ah! No me veas... no me veas, por favor... (Oculta, sollozando, el rostro entre las manos. Alma al ver al Conde se retira avergonzada. Gigia y Micalski á quienes el Conde mira fijamente, se van poco á poco tras de aquella á la cocina.)

Conde Vamos, ten ánimo. ¿Que ha sucedido?

Viej. (Con el gorro en la mano.) Se ha conducido inconveniente mente, señor conde. Primero quería llevarnos hasta la India; después se empeñaba en que no se aceptase el dinero... Y ahora tengo que ir á la caja.. Cuarenta mil marcos cabales, señor conde. Ofrezco á usía mis respetos. (Saluda y se va, izquierda.)

Conde Ah! comprendo. [*Toca en el hombro á Roberto.*] Habrá estado aquí el señor Mülling ..

Rob. Dios te lo pague. Necesitaba oír este nombre!

Conde ¿Qué intentas hacer?

Rob. ¿Me piden las cuentas? Las tendrán. [*Corre al fondo, abre el baúl y busca febrilmente.*]

Hein. [*Llorando.*] Doy gracias á Dios, de que él no se haya casado. [*Señala á Roberto.*] Ah, señor conde, hay hijos muy ingratos!

Conde [*Para sí.*] ¡Estupidez, hablas como una madre! [*Corrigiéndose.*] Avergüénzate, Trast, tú no debes decir eso.

Hein. ¿No tengo razón?

Conde [*Tomándole la mano.*] Las madres siempre tienen razón. Aman y sufren demasiado, para que pudiera ser de otra manera.

Hein. [*Cortada.*] Pero el señor conde da la mano á una pobre mujer como yo?...

Conde He ofendido á las madres, y debo excusarme ante ellas. ¡Oh si pudiera hacerlo para con la mía! Verdaderamente, hay hijos mucho más malos que éste, ¿sabe usted, mi querida señora? [*Roberto ha sacado del baúl una gran cartera, la ha hojeado y puesto á su lado; después saca un revólver y lo examina. El conde lo ve y dice aparte.*] Ah! el revólver. Si querrá hacer cuentas por ese sistema ...

Rob. [*Nota que es observado; oculta el arma en el bolsillo del pecho, toma su sombrero y avanza con la cartera bajo el brazo.*] Estoy dispuesto.

Conde Yo te acompaño.

Rob. ¿Tú?

Conde ¿No tengo derecho para ello?

Rob. [*Vacilando.*] Ciertamente... vamos

Hein. [*Con ternura, llorando.*] ¡Roberto!

Rob. [*Tratando de dominar su agitación.*] Vendré todavía á decirte adios, madre mía. Ahora tengo que hacer una cosa muy necesaria. [*Se dirige á la puerta.*]

Hein. [*Al conde, alzando las manos con desesperación.*] ¡El señor Carlos y él!... Seguramente sucederá una desgracia!

Conde [*Tranquilizándola, bajo.*] ¡Silencio! [*alto.*] Y bien, ¿vamos? [*Hace seña á Roberto de que salude á su madre.*]

Rob. [*Va muy agitado hacia ella.*] Y si acaso... no volvemos á vernos... [*El Conde le tira de la ropa. Roberto se domina y dice á su amigo:*] Sí, sí, esta bien; vamos allá. [*La señora Heineke cae llorando, sobre una silla, mientras ellos salen. Caen el telón.*]

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo.—La sala del comedor tendrá la variante de no estar puesta la mesa con el servicio.

ESCENA I.

EL CONDE, ROBERTO con cartera grande en que están las cuentas, y GUILLERMO.

Guill. Tengo órdenes severas de no dejar pasar al señor Heinke.

Conde Y á mi tampoco?

Guill. Oh! para el señor Conde es cosa diferente.

Conde Agradezco la preferencia. El señor Heinke viene conmigo y yo asumo la responsabilidad de su estancia aquí. Aguardaremos al señor Comendador.

Guill. Pero...

Conde ¿Qué preferís, papel ú oro? (Tomando el portamonedas.) No hay nadie ahora en la casa? [Dándole dinero al criado.]

Guill. El señor Comendador ha ido un momento á la fábrica. La señora está indispuesta de jaqueca. La señorita Leonor ha mandado enganchar para ir á la ciudad, y el señor Carlos igualmente.

Conde Juntos?

Guill. Oh! No van nunca juntos. El señor Carlos quería dar contraorden respecto de la invi-

tación... por causa de... (Señalando con los ojos á Roberto.)

Conde Está bien: podeis marcharos! (Con autoriad.)

Guill. Qué me ordena el señor Conde?

Conde Que os podeis marchar. (Guillermo se inclina y se va.) Ven acá, querido Roberto.

Rob. Qué deseas?

Conde Ya sabes que no deseo nunca nada; me dejo llevar de los acontecimientos. Mas á mi vez te preguntaré: ¿qué quieres tú en este lugar? ¿Qué es lo que pretendes?

Rob. Una cosa muy natural. Entregar las cuentas de mis obligaciones con el Señor Comendador.

Conde Entendido... Lo sé.. Mas aunque estés dispuesto á renunciar de todas maneras el generoso apretón de manos que se da en momentos tan solemnes á un cumplido y laborioso empleado, no comprendo tu renuencia en no aceptar mis consejos: manda sencillamente los libros arreglados al despacho del señor Comendador, y es bastante.

Rob. Seguramente ese sería el modo más sencillo.

Conde Querido Roberto; permíteme que te hable como amigo.

Rob. Háblame como quieras.

Conde Tú vas en pos de un fantasma.

Rob. De veras?

Conde Nadie, absolutamente nadie ha tocado tu honor.

Rob. De veras?

Conde Porque ninguno en el mundo puede hacerlo.

Rob. De veras?... De veras?

Conde Eso que tú llamas "tu honor;" esa mezcla de pudor, de honestidad y de orgullo... eso

que tú has cultivado para ti con una vida ejemplar de honradez y trabajo para cumplir fielmente el deber, no puede nadie quitártelo con una pillada. O forma parte de ti mismo ó no existe totalmente. Tú no tienes nada que hacer con esa especie de honor que los que calzan guante á la moda creen tener por ese solo hecho. Esta clase de honor puede únicamente servir de espantaje á los tontos, de juguete á los ociosos y de manto deslumbrador para encubrir á los bribones.

Rob. Tú hablas como quien hace de la necesidad virtud.

Conde Es muy posible, porque toda virtud ha nacido de la necesidad.

Rob. Y mi familia?

Conde Creí que no tenías ya familia. [*Roberto rendido de pena se cubre los ojos con las manos.*] Te comprendo bien. Tú sientes todavía el temblor del nervio al cual se amputa la parte á que estaba ligado. Ah! Roberto, no te engañes: el dedo del pie parece que nos duele aún, después de habersenos cortado la piana.

Rob. Tú no has tenido nunca una hermana! Por eso razones de ese modo.

Conde Escúchame todavía un poco. Tú necesitas que yo, el aristócrata, te enseñe la tolerancia para con los inferiores. Querido mío, no desprecies á los tuyos; no son peores que tú ni que yo. Son de diverso modo y nada más. En el corazón de ellos existe un modo de sentir que es extraño al tuyo; ellos se imaginan el mundo de una manera que no comprendes! Sería temeridad y pobreza de ánimo pretender condenar á los que pien-

san de distinto modo que nosotros. Y finalmente, para que lo sepas, hijo mío, en la lucha contra los tuyos, desde el principio al fin, has estado siempre del lado del error.

Rob. Cómo! Y eres tú el que me lo dices?

Conde Me tomo esta libertad. Tú vienes de un país extranjero en donde durante años te has transformado enteramente merced á tus continuas relaciones con puros *gentlemen*; y pretendes que los de tu familia, por amor tuyo, dejen de hoy á mañana la corteza que traen desde que nacieron. ¡No es discreta tu pretensión, amigo mío! Debo decirte que la casa Mülling ha restituido de hecho el honor á tu hermana; esto es el honor que ella necesitaba; porque cada cosa en el mundo tiene su valor. Hazme el favor de fijarte un poco: en la esfera en que están, con aquel dinero que hoy les ha caído sin esperarlo, tu hermana resulta un partido tan apetecible como nunca lo había sido antes.

Rob. Trast... eres demasiado duro y cruel conmigo.

Conde Duro como la naturaleza, cruel como la verdad. Solamente los indolentes y perezosos pueden crearse á toda costa idilios en torno suyo; pero tú no estás acostumbrado á eso: tienes más deberes que cumplir, y te ruego me des la mano; sacudas de tus piés el polvo de la patria, y no te acuerdes más de volver á ella.

Rob. Primero necesito obtener una satisfacción personal.

Conde Quieres, pues, á toda costa batirte con Carlos?

Rob. Había renunciado, pero ahora quiero batirme.

- Conde* Mas tú estás verdaderamente fuera de la razón.
- Rob.* Fuera de la razón? Así será. Yo no tengo la fuerza de voluntad para elevarme á tus ideales. Seguramente mi nacimiento humilde me hace tener una idea distinta del honor. Déjame, pues, sucumbir, vencido por la pequeñez de mi modo de ver las cosas.
- Conde* ¿Y si él no quiere batirse?
- Rob.* Yo sabré obligarlo.
- Conde* (*Aparte.*) Ah! La pistola! [*Alto.*] Escucha todavía una palabra. Si quieres á toda costa que el señor Carlos se bata contigo, se le deben quitar antes todos los pretextos para rehusarse á ello.
- Rob.* ¡Dios mío, sí, tienes razón!
- Conde* Antes es necesario liquidar y te ofrezco.... (*Señalando el talón de cheques que saca del bolsillo.*) Tendrías también vergüenza de aceptar esto?
- Rob.* Ya has hecho demasiado por mí.
- Conde* (*Extendiendo el cheque.*) Toma. (*Dándoselo*)
- Rob.* Y si con mi trabajo no pudiese pagar...?
- Conde* Entonces lo apuntaré en el gran libro donde se registran las cuentas de la amistad. (*Pasándole la mano por la cabeza.*) Vaya, al fin no será esto una gran cosa.—Pero, querido Roberto, te has olvidado completamente... [*Roberto, como interrogando.*] de Leonor.
- Rob.* Te suplico que no me hables de ella.
- Conde* ¿Tú la amas?
- Rob.* No me obligues á responder.
- Conde* Entonces no olvides que si matas á Carlos, Leonor verá siempre en Roberto al asesino de su hermano.
- Rob.* Preferible es eso á que me recuerde como á un deshonorado.

- Conde* (*Alto.*) Según tus teorías, yo soy también un hombre deshonorado; y sin embargo me consideras y siempre me has estimado como á un cumplido caballero. ¿No llevo alta la frente como todos los que son honrados?
- Rob.* (*Breve pausa.*) Trast, perdóname!
- Conde* ¿Perdonarte? ¡Tonterías! Te quiero bien y eso es todo.
- Rob.* Trast...no me batiré.
- Conde* Me empeñas tu palabra?
- Rob.* Queda empeñada.
- Conde* Entonces, ven.
- Rob.* ¿A dónde!
- Conde* Ni yo mismo lo sé: Vamos fuera de aquí donde el aire que respiremos no esté saturado de estas miserias.
- Rob.* Perdóname... ¿Debo renunciar el placer de arrojar este dinero á los piés de su espléndido donador?

ESCENA II

LOS MISMOS y GUILLERMO entrando.

- Guill.* El señor Comendador se encuentra en su despacho.
- Conde* (*Para sí.*) Y Carlos no está en casa. Tanto mejor!...
- Rob.* (*Tomando la carpeta.*) Voy.
- Conde* Ve, y después espérame.
- Rob.* ¿Qué cosa quieres todavía?
- Conde* No te preocupes. Antes de ir te ruego me des tu pistola.
- Rob.* ¡Cómol! Tú sabes?...
- Conde* La vas mostrando desde luego en la bolsa del pecho.
- Rob.* Te suplico me la dejes...No te fías de mí?

Conde Tengo miedo de que la historia de mi *Pepito* se te suba á la cabeza.

Rob. Creo que una palabra de honor empeñada entre nosotros dos, deshonrados, debe tener algún valor.

Guill. Dices muy bien; consévala. [*Roberto se va con Guillermo.*]

Conde (*Quiere seguirlo, pero se detiene.*) Puede ser que yo haya cometido una imprudencia. Si aquel fullero vuelve á casa, lo agarro de pronto y lo detengo aquí. (*Por Carlos.*) Pero ahora se trata de otra persona... Si, esta muchacha es lo que yo pienso...

ESCENA III.

LEONOR, en traje de paseo y de invierno. El CONDE

Conde Oh! Verdaderamente soy un sér afortunado. (*Viéndola.*)

Leon (*Agitada alargándole la mano.*) Señor Conde! Sabe usted de dónde vengo? De su casa. (*Quitándose manto y guantes.*) No creo que se asuste usted de mi determinación, puesto que solamente así podía yo saber lo que aquí sucede. Temía que mi hermano hiciera caer en la desgracia á aquella joven mal aconsejada. Su amigo Roberto, ¿no ha tenido algún indicio... sobre...

Conde Si no fuese más que eso...

Leon Hay más todavía?...

Conde Confieso que no encuentro palabras para significar á una señorita...

Leon Hable usted con entera libertad.

Conde Pues bien! La familia de usted ha creído necesario hacer olvidar su vergüenza á esta pobre gente tomándola por el lado más fácil: por el de la pobreza.

Leon Oh! ya comprendo. Han querido comprar el silencio de aquella familia, y reparar la ofensa que de mi hermano han recibido, con el dinero... (*El Conde hace señal de asentimiento.*) Ah! Dios mío!

Conde Se deja entender que yo me abstengo de todo juicio. Por lo demás, el medio de que se han servido fué el único que generalmente se usa para desatar ligas de este género. Pero abrigo mucho temor por nuestro amigo Roberto.

Leon (*Con pena*) Cómo podré resarcirlo?

Conde Pero usted siente lo que han hecho con...

Leon Si lo siento? Todo mi sér se revela contra la costumbre horrible que reina en la casa de mis padres... Pagar!... siempre pagar!.. Honor, Justicia, Amor... Todo se paga... Lo podemos hacer!... somos ricos! (*Se arroja en el sillón. Luego se levanta.*) Perdóneme usted! estoy fuera de mí! Hablo de mi familia como de personas extrañas.

Conde Acaso sean para usted mucho más extraños que cuanto se pudiera sospechar.

Leon [*Consternada.*] Al si tuviese usted razón!.. (*Conde escucha á la puerta*) Qué pasa?

Conde No es esa la voz de su hermano?

Leon Sí, es él, con dos amigos.

Conde (*Para sí.*) Hice mal en dejarle el arma. [*Alto.*] Van al despacho? (*Toma el sombrero.*)

Leon No, parece que se acercan á esta parte.

Conde Bien, entonces les espero. Señorita, una súplica. Mi amigo deja hoy esta casa; mañana la ciudad y dentro de poco abandonará Europa. Yo le acompañaré.

Leon (*Pará sí.*) Oh! Dios mío!

Conde Deseo que hoy se evite un encuentro entre Carlos y Roberto. Si acaso sucediese sin

que yo pudiera impedirlo, le ruego esté cerca.

Leon (Se oyen voces cerca de la puerta. Corre ella á la derecha, y antes de llegar á la puerta, se vuelve y dice.) Qué debo hacer, señor Conde?

Conde Permanecer fiel á sí misma.

Leon ¡Así lo haré! [Vase.]

ESCENA IV

CARLOS, LOTARIO, HUNGO y el CONDE.

Car. (Sorprendido.) Señor Conde!

Lot. (Bajo.) Hemos hecho bien en venir contigo.

Conde Suplico al señor Mülling me dispense algunas palabras...

Car. Tengo el tiempo medido, señor Conde, y no puedo disponer .. Mi padre me espera.

Conde [Para sí.] Malo! [Alto.] Se trata de una súplica... (Carlos accede.)

Car. Mis amigos pueden oír cuanto tengais que decirme. No tengo secretos para ellos. [Se sientan.] Hablad.

Conde Uno de mis amigos más queridos ha sido gravemente ofendido por vos en su honor. Por deseo é instancias mías, él renuncia el derecho de pedirnos una satisfacción.

Car. Señor Conde! El señor Heineke ha recibido ya la reparación...

Lot. Y no estamos dispuestos á darle ninguna otra.

Conde (Mirándolo de pies á cabeza.) Abreviemos este asunto, señor Mülling; mi amigo se encuentra en estos momentos con el señor Comendador, porque ha insistido en la idea de entregarle personalmente las cuentas.

Car. Si eso era de su agrado...

Conde Buscaba también una ocasión de tener una entrevista con vos

Car. Puede tenerla, señor Conde,

Conde Dentro de una hora mi amigo habrá dejado esta casa. Considerando la agitación natural en que él se encuentra, sería conveniente para ambos evitar esa entrevista.

Lot. Señor Conde, un llamamiento á la vileza, no encuentra eco nunca en nuestro corazón.

Conde (Tranquilamente.) Señor Teniente; no me he permitido dirigirle la palabra. Señor Mülling, reflexionemos todavía tranquilamente. Hablais con alguien á quien en este momento interesa mucho vuestro bienestar. Puedo, por eso, hablaros como á un amigo, no os dejéis dominar de estos señores.

Hugo. No, Carlos! No te dejes dominar de nosotros.

Conde Por último, señor Carlos; escuchad á vuestro buen sentido, que debe deciros: "No os es permitido hacer todavía el soberbio contra la razón que tiene mi ofendido." Callais! Quiere decir que os conmueve mi súplica...

Lot. (Bajo á Carlos.) Vuelve en tí, y sobre todo, sé correcto.

Car. Callaba, señor Conde, porque buscaba palabras para significarlos convenientemente mi sorpresa, por el modo extraño con que me hablais. (Se levantan todos.)

Lot. (A Carlos, bajo.) Perfectamente! Así, así!

Car. Ahora yo os pregunto: Quién os dá el derecho de querer imponerme en mi casa semejante pretensión?

Conde Vos rechazais esa pretensión!

Car. Sin duda alguna, señor Conde.

Lot. (Bajo á Carlos.) Más enérgico! más!

Conde (*Bajo.*) Ah! (*Fuerte.*) Pues yo dudaba, porque mantenía aún una débil esperanza de estar tratando con un hombre honrado. Pido excusas por haberme engañado.

Car. Señor Conde!... esta es...

Conde Una ofensa!... Sí, señor Carlos.

Car. De la cual me dareis satisfacción.

Conde No rehusó ponerme á vuestras órdenes.

Car. Mañana recibireis mis padrinos.

Conde Mañana? Y dormireis vos tranquilo con semejante ofensa? Yo, señor mío, acostumbro lavar las ofensas en el momento de recibirlas.

Car. Esto es demasiado! Vamos fuera.

Conde (*Para sí.*) Andando, pues.

Lot. [*Interponiéndose.*] Poco á poco. Hay que proceder siempre correctamente, querido Carlos! Tú, como adversario no tienes que decir nada á este señor. En primer lugar, señor Conde, el código de los caballeros prescribe que tanto el provocante cuanto el provocado puedan disponer de veinticuatro horas para poner en orden sus negocios. Nosotros, mi mandatario y yo, usaremos de este derecho. Ahora, voy al segundo punto. Nosotros deberíamos renunciar al placer de pelearos cualquiera satisfacción, porque vos, egregio Señor Conde, no nos habéis ofendido. (*todo lo que dice Lotario lo acentúa con petulancia.*)

Conde Ah!

Lot. Vos no sois de aquellos que pueden ofendernos.

Conde De veras?

Lot. Debo recordar que el Conde Trast, el día 25 de Junio de 1864, como he podido ver en el Registro de mi Regimiento, fué expulsa-

do de él por deudas de juego no satisfechas... y con esto... (*inclinándose con petulancia.*) Señor...

Conde (*Con una ruidosa carcajada.*) Señor mío: agradezco de todo corazón la lección que me habeis dado y que ciertamente merezco; porque el delito mayor en el mundo es la incoherencia, y desgraciadamente ahora aprendo una cosa. Uno puede creerse superior al honor moderno, pero necesita continuar esclavo suyo, siquiera sea para ayudar á un pobre diablo de amigo á salir de una situación difícil... Señores!... Tengo el honor... Perdonadme!... No lo tengo... Vosotros me lo negais!... Réstame, únicamente el placer común de despedirme; pero os aseguro que este placer es para mí mucho más grande que para vosotros... Señores!... (*Se inclina saludando y se vá.*)

Hugo. Henos aquí con todo nuestro honor, pero un poco en ridículo.

Lot. Sin embargo, nosotros hemos procedido con entera corrección.

Hugo. Querido Lotario. No olvides el negocio del café!...

Lot. Algún sacrificio debe hacerse por el honor!... Estoy contento, amigo Carlos, con haberte prestado este servicio, y ¿qué hubieras hecho en este caso sin nosotros? Hasta la noche, pues!

Car. Quereis regresar ya á la ciudad?

Lot. Si no necesitas de nosotros en el momento...

Car. Os acompaño.

Lot. De ningún modo. Parecería que tratabas de evitar la presencia del señor Robeato.

Car. Qué es lo que dices?

Lot. Quieres evitar que el Conde se burle de tí?

Para ello es necesario que hagas tu deber y provoques un encuentro.

Car. No me parece acertada tu opinión.

Lot. Es tu deber, repito, si no quieres hacer muy mal papel.

ESCENA V

MULLING, padre, con abrigo, por el fondo: detrás GULLERMO y los MISMOS.

Müll. (Dándole el abrigo á Guillermo.) Qué empeño de este impertinente de venir á molestarme á mi despacho! (Saludando.) Buenos días, señores! (A Guillermo.) Hazle dejar el libro y dile que se vaya al diablo! [*Carlos intenta marcharse.*] Por qué quieres marcharte, Carlos? (Vase Guillermo.) Tenemos todavía muchas cosas que arreglar, bien lo sabes!

Car. (Dice á sus amigos.) Debo aguardar y complacer á mi padre. Ya lo veis.

Hugo Señor Comendador!... (Saludando.)

Müll. Adios, señores... adios.

Lot. (A Carlos, bajo.) Ya no dirás después... [Vanse Hugo y Lotario.]

Müll. Afortunadamente, todavía por esta vez he podido yo arreglar los negocios. El cielo sabe con cuantos sacrificios! Mas lo anotaré en el débito de tu cuenta. Vamos ahora á la parte moral del hecho.

ESCENA VI.

SRA. MULLING, por el fondo. Los mismos. Después LEONOR por la derecha.

Car. [Para sí.] Para completo de penas, llega ahora mi madre. Estoy lucido.

Sra. M. Oh: Carlos! Carlos....!

Car. Madre! [*La señora se sienta.*]

Sra. M. Has causado muchas penas á tus padres, hijo mío! Como es ésto humillante y bajo para nosotros.. (*Leonor entra.*) Tu anciano padre tratando de tú por tú con aquella canalla... (á Leonor.) Qué buscas tú aquí?

Leon Tengo que hablarles.

Müll. Ahora no tenemos tiempo. Vuélvete á tu habitación.

Leon No, papá, no puedo obedecerte. Si formo parte de la familia, quiero tomar parte en esta entrevista. (Con solemnidad.)

Müll. Me explicarás lo que significan tus palabras, pronunciadas en tono tan solemne?

Leon En nuestra casa se ha cometido hoy una acción á todas luces inconveniente.

Müll. No sé cómo calificar....

Leon No necesitan ocultarme nada. Habrá sido tal vez conveniente, según las leyes de la hipocresía impuestas á nosotras, llamadas inexpertas jóvenes, que yo bajase los ojos, que representase el papel de quien nada comprende; pero en este caso eso es imposible. Lo se todo, absolutamente todo.

Sra. M. Y no te avergüenzas!...

Leon (Con amargura.) Si, me avergüenzo de lo que aquí pasa.

Müll. Sabes con quién hablas?... Probablemente has perdido el juicio!

Leon Pido perdón á mis padres si en la forma aparezco poco respetuosa. Quiero explicarme y suplicome oigan con un poco de calma. Tal vez soy una mala hija; tal vez no tengo el derecho de hacer valer mi voluntad, seguramente porque no poseo nada; porque hasta el pan que cómo no es mío. Si así es, vuelvo á pedir perdón, y procuraré mil ve-

ces reparar mi desobediencia, pero persuádanse padres míos, de que es necesario restituir el honor á Roberto.

Mull. No quiero preguntarte la causa que te mueve á interesarte por ese hombre. Dime, sin embargo. ¿Qué quieres decir, ó qué entiendes por restituirle el honor?

Leon Dios mío! Debía tenerse cuando menos buena voluntad. Con ella, encontrariase el medio de reparar...

Mull. Lo crees así? Quiero, según mi costumbre usar de clemencia, todavía esta vez y procurar hacerte comprender mis buenas razones, aun cuando más bien estuviese indicada una severa reprensión. Contempla esta cabeza llena de canas, sobre la que se han amontonado tantos pensamientos, y comprenderás que nunca me he olvidado del sentimiento del honor.... Ah! Cuántas cosas debemos aceptar en la vida sin decir una palabra, si se quiere vivir con tranquilidad!... Tenemos, pues, un joven al cual, según tú dices, yo he quitado el honor. Supongamos que tienes razón. Deploro profundamente la lijereza de tu hermano, pero ¿quién le ha dicho á Roberto que tiene honor? Dónde lo ha adquirido?... Quizás de su familia? En el desempeño de los trabajos de mi casa de comercio? Mis dependientes no son Caballeros de Malta ni de ninguna otra orden de Caballería! Sin embargo, tú dices que él tenía honor y que yo debo restituirselo. De qué modo? Tal vez haciendo que aquella muchacha se case con Carlos?

Sra. M. Te ruego, Teodoro, no dejes escapar de tu boca semejantes palabras! Ni siquiera por burla.

Mull. Haciendo eso, me perdería y perdería á mi casa. El joven Roberto, al contrario, si no quiere ocuparse de la historia de su hermana, nadie lo obligaría; y si quiere ocuparse de ella y que yo me encuentre mezclado en esta cuestión, él debe llevar la peor parte; yo no. Así he procedido siempre en toda mi vida, y todos me conocen por un hombre honrado.

Leon [*Levantándose.*] ¿Es ésta tu última palabra, padre mío?

Mull. Sí, hija mía, creo que te habrá convencido. Ahora, ven acá: dame un beso y pide perdón á tu madre.

Leon (*Con energía.*) Déjenme ustedes. Yo no puedo mentir.

Mull. Qué quieres decir?

Leon Padre mío. Siento que en todo voy descaminada. Que te pido un imposible. Debería considerar de bien distinta manera el mundo, así como tú dices... pero... (*Escuchando voces en dirección á la puerta del corredor.*)

Mull. Qué es?

Leon (*Para sí.*) El vienel [*Alto, como continuando*] pero... oh, no puedo más!

ESCENA VII

GUILLERMO y los MISMOS

Guill. El joven señor Heinke, está nuevamente ahí. [*Carlos hace señal de disgusto.*]

Mull. No le dijiste hacer poco lo que ordené?

Guill. Sí, señor Comendador; pero él me siguió hasta el despacho.

Mull. Pero esta es una impertinencia inaudita!... si no se marcha al momento, mandaré...

Car. Dispensa, padre mío! Pueda ser que sólo quiera darte las gracias. Para eso tiene razón.

Müll. Tal raza de gente no agradece nada,

Car. Creo también que tenía que consignar alguna cantidad en sus cuentas.

Müll. Naturalmente.

Car. Puede ser que falte alguna cosa y si lo despides, no será ni vista ni oída.

Müll. Pues... que venga! [*A Guillermo.*]

Sra. M. Retirémonos, Leonor.

Leon. (*Violentamente á media voz.*) Carlos!

Car. Qué quieres?

Leon. Ten cuidado!... [*Se van Leonor y su madre.*]

Car. [*Que trata de disimular su inquietud.*] Bah!

Müll. (*A Carlos.*) Siéntate, así es de mejor efecto.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y ROBERTO, muy tranquilo en la apariencia, continente digno y respetuoso. Ulevará la cartera bajo el brazo.

Müll. Sois demasiado insistente, señor mío. Y bien, no condeno el mucho celo para el cumplimiento del propio deber, sobre todo, si persiste hasta el momento de ir á dejar un empleo. Podeis sentaros. (*Malhumorado.*)

Rob. Si lo permite el señor Comendador, permaneceré en pié.

Müll. Podeis estar como gustéis. He tenido ayer noticias de mi sobrino: está bien; se divierte demasiado, según me informa el Conde Trast. Y bien? Que ha de hacerse? La nobleza está en la sangre en los jóvenes de buena familia. Espero que habréis traído el balance.

Rob. En toda regla, señor.

Müll. Muy bien.

Rob. (*Toma un pliego de la cartera y lo entrega á Mülling.*) Tomad.

Car. ¿Puedo ver yo ese pliego, padre mío?

Müll. Sí, Carlos. Tendreis seguramente otra copia?

Rob. Ciertamente.

Müll. Os ruego la deis á mi hijo. [*Carlos va á su encuentro; quedan un momento de frente y se miran de cabeza á piés.*] A primera vista todas las partidas parecee exactas. (*Después de examinar el documento.*) La utilidad neta asciende á...

Rob. [*Mirando la cartera.*] 116,227 florines.

Müll. El florin Holandés á un marco y setenta, hacen... Carlos, ¿cuánto hacen?....

Rob. (*Interrumpiéndole.*) 197.585 marcos.

Müll. 8... 1... 3... 8... Es exacto, 197.585 marcos y 90 fenics. Carlos, ¿ya está el cálculo?

Car. Y 90 fenic, papá.

Müll. ¿Ehm...! Veo que el café rindió poco. ¿En qué consistió eso?

Rob. [*Tomando otro pliego.*] He aquí la cuenta especial. Tuve ocasión de prever la crisis del café, provocada por la concurrencia al mercado, de igual artículo del Brasil, y yo cultivé en consecuencia cinco sextas partes de terreno con thé.

Müll. ¿Vos?

Rob. ¡Yo, señor Comendador!

Carl. ¡Es muy extraño!

Müll. ¿Y cómo está la cuenta del thé?

Rob. Examinadla. (*Le da otro pliego.*)

Müll. Tampoco esto ha dado gran producto ¿Dónde están, pues, las ventajas obtenidas en el balance?

Rob. Las encontrareis en la tentativa del tabaco de Sumatra. Esta fué ventajosísima (*Dándole otro pliego.*)

- Müll.* ¿Estas variantes las intentó usted como un ardid de propia voluntad?
- Rob.* No del todo; seguía las instrucciones que me daba mi amigo el señor Conde Trast.
- Müll.* ¿Y mi sobrino aprobó estas operaciones?
- Rob.* Después de hechas; sí señor.
- Müll.* Tienes razón, Carlos. Todo esto es muy extraño.
- Rob.* ¿Los señores tienen todavía alguna pregunta que hacerme?
- Müll.* Según la conducta por vos observada, parece ó debe parecer que conduciais los negocios de mi casa como dueño de ella, y no como dependiente. ¿Me explicareis?...
- Rob.* Puesto que tenía el poder del señor Comendador...
- Müll.* ¿Y en ese tiempo, dónde estaba mi sobrino?
- Rob.* No puedo responder á esa pregunta, más que con generalidades.
- Müll.* ¿Mi sobrino no venía todos los días á la oficina?
- Rob.* No, señor Comendador.
- Müll.* (Muy agitado.) ¿Cuándo venía, pues?
- Rob.* Cuando se esperaba correo de Hamburgo, y cuando necesitaba dinero.
- Carl.* ¿Quereis decir con eso que no cumplía con sus obligaciones?
- Rob.* No quiero decir otra cosa que lo que he dicho.
- Müll.* Explicadme, pues, lo que quereis decir.
- Rob.* No me considero con el derecho de dar ninguna explicación sobre la vida privada de aquél que hasta ahora fué mi principal.
- Carl.* ¿Pero si os creéis con el derecho de denigrarle?
- Rob.* (Haciendo un gran esfuerzo y deteniéndose.) ¿De-

- sean todavía los señores preguntarme algo?
- Müll.* ¿Qué cantidad habeis traído en dinero?
- Rob.* He traído sobre diversos bancos, hasta la suma de 95 mil florines. Aquí están.
- Müll.* Carlos: examinalos. (Los dos jóvenes se miran fijos. Escena muda. Carlos toma las libranzas y las examina.)
- Rob.* ¿Ha concluido el señor Comendador?
- Müll.* Esperad un momento. (Pausa)
- Carl.* Están en orden.
- Müll.* Conque, señor Heineke: Os auguro toda felicidad en vuestra vida futura. Sois un buen hombre... pero no se os olvide todo lo que debeis á esta casa.
- Rob.* No, señor Comendador, no lo olvidaré!... Aquí están 40,000 marcos que habeis tenido la bondad de remitir hoy á mi padre.
- Müll.* Esos cuarenta mil marcos fueron un regalo, y no un empréstito.
- Rob.* Yo quiero constituirme responsable por este reembolso.
- Müll.* ¿Estais encargado por vuestro padre para entregarme ese dinero?
- Rob.* Nó.
- Müll.* ¿Entonces ese dinero es vuestro?
- Rob.* Ciertamente.
- Müll.* Ah!... Ya!...
- Carl.* ¿No encuentras interesante, papá, que nuestro buen señor Heineke haya podido hacer una economía tan grande?
- Rob.* [Reflexiona un momento: comprende el significado de la frase, dá un grito y se arroja sobre Carlos, pistola en mano y agarrándolo del cuello.] ¡Ah, bribón! O te retractas ó te ahogo!...
- Müll.* ¡Socorro!... ¡Socorro!...

ESCENA IX.

LEONOR, los mismos. Después la SEÑORA.

León [*Precipitadamente.*] Roberto, por piedad!
(*Roberto al verla deja caer la pistola, y retrocede vacilando y cubriéndose la cara con las manos. Carlos cae sobre el sofá, medio ahogado.*)

Sra. M. (*Desde el fondo.*) ¿Qué sucede, Carlos? (*Corre hacia él.*) Socorro!... Socorro!... Asesino! Asesino! Toca el timbre, Teodoro!

Müll. Estate tranquila... no hay que temer ningún peligro. (*A Roberto.*) ¿Qué quereis en esta casa todavía? Fuera, en seguida.

Rob. ¿Como un ladrón, no es cierto? (*Movimiento de Leonor.*) Sí, Leonor, debéis saberlo. He hecho ahorros. Soy un ladrón.

León. ¡Padre mío! ¡Por amor de Dios! ¿Qué habies hecho?

Rob. Está muy bien. Este es el gran día para liquidación de cuentas. Arreglemos, pues, las cuentas entre el Palacio de Mülling y la pobre casa de Heineke... Nosotros hemos trabajado para vosotros, hemos dado por vosotros nuestro sudor, la sangre de nuestro corazón y todas nuestras energías, en tanto que vosotros seducíais á nuestra hermana y nuestra hija, y pagabais su vergüenza con el dinero que gracias á nosotros habéis ganado. Esto lo llamais obra de beneficencia.—Yo he trabajado con todas mis fuerzas y todo mi empeño para que tuvierais ganancias importantes, sin cuidarme jamás de la recompensa. He mirado con tanto respeto vuestra casa y vuestra familia como se miran las cosas sagradas. En cam-

bio, ¿qué habéis hecho? Robarme el honor de mi familia, que era honrada, aunque vivía en vuestro solar. Robarme el corazón de los de mi familia, á quienes tanto amaba, por más que fuesen pobres mendigos. Robarme el rincón donde pensaba reposar del cansancio producido por el trabajo hecho para vosotros. Robarme el suelo de mi patria, el amor á los hombres, la fé en Dios; la paz, el pudor y la conciencia; todo, todo, hasta el sol me habéis robado. Vosotros, pues, sois los ladrones, vosotros.

Müll. (*Después de una pausa.*) ¿Necesitaré arrojaros á la calle por mis criados?

León [*Interponiéndose.*] ¡No! Esto no lo hareis, padre mío.

Müll. ¿Cómo? ¿Tú?...

León. Él se marchará voluntariamente sin que le hagis semejante ofensa, ó tendrás que arrojar me también á mí.

Rob. ¿Qué quieres hacer?

León. Padre mío. ¿No tienes una palabra de disculpa para él? ¿Ni una sola?

Müll. ¡Tú estás loca!

Rob. ¡Dejad, Leonor! Pensaré en vos con... gratitud, mientras viva. Abandono aquí, reuniendo en vos sola, todo cuanto ya me quedaba en mi patria. Dios os bendiga por todo. Ahora... ¡Adiós!...

León. (*Con grito apasionado, yendo hacia él y abrazándolo.*) No partirás, Roberto! No partirás, y si así es, llévame contigo.

Rob. ¡Leonor!...

Müll. ¿Qué significa!..

León. No me dejes sola, Roberto. Siento frío dentro de estos muros. Tú eres mi único apo-

yo y mi única esperanza. Ya me ves abrazada á tu cuello, de modo que no puedas rechazarme

Mull. ¡Oh! semejante escándalo...

Leon. Querido padre, yo amo á Roberto; soy dueña de mi voluntad. Por aquello que vosotros le habeis quitado, le ofrezco yo en compensación cuanto poseo. (*Mirando á Roberto.*) Bien es verdad que no poseo otra cosa que á mí misma.—Si él acepta...

Rob. ¡Leonor!

ESCENA X.

CONDE TRAST, y los mismos.

Conde. ¿Qué sucede aquí?

Leon. (*Corriendo á su encuentro.*) Gracias, señor! Vos me habeis enseñado el camino más recto. Roberto, nosotros nos crearemos una nueva patria. ¡Un nuevo deber!

Rob. [*Como viendo á Carlos que está sentado.*] ¡Y un nuevo honor! (*Abrazando á Leonor.*)

Sra. M. ¡Es ésta, pues, nuestra recompensa, Teodor!

Leon. Padre, madre! No os pido perdón, porque lo que hago debo hacerlo. Tengo la conciencia de no cometer una culpa. Ahora os suplico que cuando me recordeis, sea sin rencor.

Mull. Ah! Y tú te imaginas que puedes dejar esta casa así, sin que tu padre te diga que... llevarás su m... (*Levanta el brazo en actitud de maldecirla.*)

Conde (*Acercándosele.*) ¡No, señor Comendador! ¿Por qué quereis fatigaros lanzando maldiciones? (*Bajo*) Dicho sea entre nosotros, Leonor no hace un mal negocio. Aquel joveu, vá á

ser socio mio, y como no tengo parientes, será también mi heredero.

Mull. ¡Oh! señor Conde!... ¿Por qué no me habiais dicho?...

Conde (*Retirándose tres ó cuatro pasos como para apartarlo aún con la mano.*) No hay que incomodarse. La bendición paterna para Leonor, podeis enviármela por el correo. [*Sale tras de los dos jóvenes. Cae el telón.*]

FIN DEL DRAMA.

